

EMBOSCADA

Facundo

Pastor



**La historia oculta
de la desaparición
de Rodolfo Walsh**

**y el misterio
de sus
cuentos inéditos**

Emboscada

La historia oculta
de la desaparición de
Rodolfo Walsh y el misterio
de sus cuentos inéditos

Facundo Pastor

AGUILAR

Al recuerdo de todos los periodistas desaparecidos

SABER MÁS

En junio de 2020, en medio de la pandemia de Covid que cambió al mundo, volví sobre el asunto. Unos años antes, durante una cena con amigos, había escuchado por primera vez sobre uno de los hechos más resonantes de la última dictadura cívico-militar: el atentado a la sede de la Superintendencia de Seguridad Federal de la Policía Federal Argentina. Esa misma noche y sin un objetivo concreto volqué en un cuaderno los detalles que me impactaron del relato.

Volví a las anotaciones durante los meses de confinamiento.

Una bomba de origen vietnamita explotó en el edificio de la calle Moreno 1417 causando la muerte de 23 personas, muchas de las cuales almorzaban en el lugar. El artefacto había sido estratégicamente ubicado debajo de una de las mesas del comedor. Un bolso con nueve kilos de trotyl y cinco esferas de acero fue cubierto por un abrigo, escondido debajo de una de las sillas y conectado a un sistema de relojería que activaba el detonador. Quien llevó el explosivo sabía que tenía sólo siete minutos para abandonar aquel sitio.

Y así fue.

A las 13.20 del 2 de julio de 1976 el estruendo se sintió en todo el microcentro porteño. El lugar estaba a una cuadra del Departamento Central de Policía. Ese mismo día, la organización Montoneros emitió un parte de guerra y se adjudicó el hecho. En el documento se mencionó una “falla en el dispositivo de vigilancia y control de la Superintendencia”, también se destacó que “la capacidad operativa de este centro represivo quedó seriamente afectada” y “que no puede haber lugar seguro para los que

responden a la resistencia de los trabajadores con el secuestro, el asesinato y la tortura”. El documento llevaba la firma habitual: “Viva la patria. Hasta la victoria final”.

En efecto, la Superintendencia (también conocida como Coordinación Federal o “Cordina”) fue uno de los centros clandestinos de detención más activos de la Capital. Y para ese entonces, con apenas cuatro meses de instaurado el horror, cientos de militantes ya habían sido torturados en esta dependencia de una policía que realizaba acciones ilegales en conjunto con el Ejército. Desde fines de 1975 se había asentado en el lugar el grupo de tareas 2, que dependía del Comando del Primer Cuerpo de Ejército, a cargo del general Carlos Guillermo Suárez Mason. Después del golpe, los pisos cinco, seis y siete se empezaron a poblar de detenidos que no figuraban en ningún registro. Ahí los torturaban, los interrogaban y, cuando se consideraba necesario, se disponía de un “traslado final”, como se llamaba a la orden de ejecutar o hacer desaparecer a una persona.

La bomba al comedor fue un hecho maldito, uno de los tantos de los años más oscuros. Parece sencillo ahora revisar lo sucedido hace 45 años, pero no lo es. Requiere de un esfuerzo intelectual para comprender los acontecimientos en un contexto inimaginable en estos tiempos democráticos.

Sobre el atentado se construyó una versión difusa y opaca replicada en libros, testimonios y causas judiciales.

Quise saber más.

¿Cómo lo habían planificado?

Las respuestas llegaron solas.

Un par de llamados y algunas entrevistas bastaron para darme cuenta de que los primeros interrogantes parecían tener mayores evidencias de las que me había imaginado.

Sin poder explicar el origen de la información, todas las fuentes

consultadas apuntaban en una misma dirección. Todos, absolutamente todos, señalaban a José María “Pepe” Salgado como el militante que aquel mediodía ingresó al comedor para perpetrar el atentado. Salgado tenía 22 años e integraba las filas del Ejército Montonero.

¿Pero era cierta esa versión?

Seguí indagando.

Para ese entonces, Salgado llevaba meses como infiltrado en la Policía Federal.

La versión replicada por todas las fuentes, la que está escrita en libros y expedientes, indica también que unas semanas antes había ingresado en varias oportunidades a la sede policial con un paquete similar pero inofensivo, sólo para probar las falencias en el sistema de seguridad.

Después, la orden fue que regresara con la bomba lista para explotar.

Nadie podía sospechar de su accionar porque todos conocían su desempeño en el área de documentación de la fuerza. Era un muchacho agradable, de buen diálogo con sus pares, y excelente trato con sus superiores.

Tras el atentado, Salgado siguió con su militancia clandestina. El 12 de marzo de 1977, ocho meses después del hecho, fue secuestrado en Lanús y trasladado a la ESMA, donde lo torturaron e interrogaron sin límites.

El 27 de marzo de 2021, a las 10.30 de la mañana, me encontré en un bar de Saavedra con Irene y Luisa, las dos hermanas de Pepe Salgado. Ambas aceptaron dialogar sobre la historia por más de tres horas. Recordaron con cariño un sinfín de anécdotas y revivieron con emoción aquellos días de miedo y desesperación al enterarse de su captura. Habían pasado tan sólo tres días de un nuevo aniversario del golpe cívico-militar y 44 años de la muerte

de su hermano. Durante años convivieron con amenazas telefónicas en su casa familiar, la misma que un día Pepe había abandonado cuando Montoneros pasó a la clandestinidad. “Hoy a la noche va a explotar una bomba y van a volar todos por el aire”, escuchaban al otro lado de la línea en reiteradas advertencias que continuaron hasta el regreso de la democracia.

Irene y Luisa fueron gentiles y amables al compartir un testimonio sentido de su tragedia familiar. Dudé un buen rato antes de darle paso a mi ansiedad periodística.

¿Hasta dónde conocían o qué sabían de la versión que indicaba que Pepe había sido el hombre que llevó la bomba al comedor de Coordinación Federal?

No me animé a la pregunta.

Antes de terminar el encuentro, fueron ellas las que me ayudaron a entrar en el tema. Me confesaron que muchas veces las habían consultado sobre el atentado del que sentían se había construido una versión cómoda para todas las partes. En definitiva, sabían poco y nada, y sentían la impotencia de no poder terminar de reconstruir la verdadera historia. Un rompecabezas incompleto.

“No tenemos ninguna certeza de que haya sido mi hermano quien llevó adelante ese hecho”, coincidieron tajantes.

Y no quisieron seguir hablando.

Respeté su silencio y me fui del encuentro con más dudas que certezas.

Durante un tiempo fantaseé con una exhaustiva investigación sobre el atentado, con plasmar en un libro los preparativos y los efectos políticos posteriores.

Junté información.

Entrevisté testigos y víctimas.

Leí los diarios de la época.

Buceé en expedientes judiciales.

Pero todo el material fue a parar a una caja que aún conservo en mi escritorio.

Nunca escribí ese libro, pero los enigmas alrededor de Pepe Salgado me llevaron a la reconstrucción del asesinato de Rodolfo Walsh.

Quedé atrapado en ese vínculo.

¿Cuál era la relación entre Walsh y Salgado?

¿Cómo se conocieron?

¿Cuándo sus vidas se cruzaron para siempre?

Los detalles comenzaron a obsesionarme.

No sólo porque los dos formaban parte del Departamento de Informaciones e Inteligencia de Montoneros sino porque habían compartido un mismo ámbito de militancia que fue arrasado en forma sistemática. Una muerte tras otra en una seguidilla que tenía un solo objetivo: atrapar con vida a Walsh para interrogarlo sobre su rol en la organización.

El mediodía del 25 de marzo de 1977, al cumplirse un año y un día del primer aniversario del golpe, Walsh tenía que encontrarse con Pepe Salgado en la esquina de Entre Ríos y San Juan. La cita había sido confirmada respetando los códigos de seguridad de la clandestinidad: contraseñas secretas y chequeos telefónicos.

Pero algo salió mal.

Salgado llevaba más de diez días secuestrado por un grupo de tareas que lo había torturado en busca de información.

Sin saberlo ni imaginarlo, Walsh llegó al lugar pasadas las 13.30 y se

encontró con un operativo que incluía un francotirador.

No tuvo escapatoria.

Fue herido de muerte y trasladado a la ESMA.

¿Cuántos uniformados participaron de ese operativo?

¿Qué hicieron con su cuerpo?

¿Quién tiene toda la obra literaria inédita robada de su casa?

¿Cómo se planificó la emboscada final?

UNA NOTICIA

DENUNCIAN SECUESTRO DE RENOMBRADO ESCRITOR ARGENTINO

Buenos Aires, abr 1 (ANCLA) — Fuentes allegadas a sus familiares informaron a esta agencia que el día viernes 25 de marzo fue secuestrado el escritor y periodista Rodolfo J. Walsh y que desde ese momento no se ha logrado ningún dato sobre su paradero.

Walsh, de 50 años, fue visto por última vez por un familiar el pasado viernes a las 13.30 horas en la zona de Constitución. Había llegado hasta allí desde su domicilio en San Vicente, localidad situada a unos 60 km al sur de esta Capital, en la provincia de Buenos Aires.

La larga trayectoria literaria de Rodolfo Walsh comienza en la década del 50 con sus primeros relatos de suspenso e intriga publicados por la editorial TOR.

El 9 de junio de 1956 catorce civiles fueron fusilados por el gobierno del general Pedro Eugenio Aramburu y el almirante Isaac Rojas, acusados de participar en un levantamiento cívico militar encabezado por el general Juan José Valle.

Para Walsh, eran muchos los detalles que habían quedado oscuros en ese crimen múltiple, por eso comenzó a investigar. Entrevistando a numerosos testigos, recogiendo infinidad de datos a partir de la colaboración espontánea de hombres y mujeres del pueblo, llegó a plasmar una serie de notas que primero fueron publicadas el semanario *Mayoría* y luego aparecieron reunidas en un libro, que el autor denominó *Operación Masacre*. En lenguaje descarnado, valiente y comprometido con el pensamiento popular, el escritor relató los hechos tal cual sucedieron y señaló con pruebas a sus responsables.

En la actualidad, más de una decena de ediciones y numerosas traducciones en todo el mundo siguen atestiguando el carácter popular de la obra.

Tiempo después, dos obras de teatro, *La granada* y *La batalla*, fueron escritas por Walsh y estrenada la primera con gran éxito de público. Luego siguió *Los oficios terrestres* (1965), una serie de cuentos cortos de los que se destaca “Esa mujer”, un diálogo en el que un coronel del Ejército argentino le relata a un periodista los detalles sobre un hecho que conmocionó a los argentinos: la desaparición del cadáver de Eva Perón.

Con *¿Quién mató a Rosendo?*, una investigación sobre la muerte de un conocido dirigente metalúrgico, Rosendo García, Walsh comenzó a granjearse la enemistad del sindicalismo alineado en la derecha peronista, entre ellos de Augusto Vandor, a quien sindicó como autor del disparo que mató a García.

En ese entonces —1969— el escritor ejercía la profesión periodística conduciendo el periódico *CGT*, órgano de la CGT de los Argentinos, que liderara su amigo el dirigente gráfico Raimundo Ongaro.

Periodista de la revista *Panorama*, viajó a Cuba como jurado del concurso organizado por Casa de las Américas, compartiendo el mismo con otro escritor secuestrado por los militares, Haroldo Conti. También fue jurado del concurso literario organizado por *La Opinión* y Editorial Sudamericana, junto a Julio Cortázar y otros afamados escritores latinoamericanos.

Cuando en 1973 el peronismo gana las elecciones, Walsh comienza a publicar sus artículos en el clausurado matutino *Noticias*, un tabloide que editaba la izquierda del justicialismo.

En la actualidad, se aprestaba a publicar un nuevo libro —una antología— y desde hace varios meses, los periódicos de Buenos Aires, entre ellos el liberal *La Nación*, habían anunciado con expectativa el reencuentro del autor con sus numerosos lectores.

Amigos íntimos del secuestrado afirman que la desaparición obedece sin dudas a un procedimiento realizado por fuerzas de seguridad ya que su domicilio fue allanado esa misma noche y saqueadas todas sus pertenencias.

I

FRANCOTIRADOR

Desde la mirilla del fusil automático observó el movimiento que aguardaba hacía más de media hora. El pulso ya no le temblaba. Tenía el cuerpo rígido, los brazos entumecidos y la vista cansada. Apostado en la terraza de un edificio sobre la avenida San Juan, seguía la escena en primer plano. El calor era sofocante.

Repasó en voz baja las instrucciones.

—El hombre que esperamos puede no ser un hombre.

Los autos se fundían en una escena difusa por el movimiento de la doble mano. Las persianas metálicas de un garaje enorme estaban cerradas.

Con un movimiento sigiloso estiró el antebrazo para secarse el sudor de la frente. La obsesión de todo francotirador no le hubiera permitido fallar en el disparo y mucho menos por la distracción de una gota de transpiración recorriéndole la cara. El verano se rehusaba a darle paso al otoño.

Volvió a mirar.

Algo de todo lo que observaba le llamó la atención. Entonces, se parapetó otra vez. Acomodó el cuerpo, relajó los hombros y volvió a repasar las instrucciones.

—Puede estar disfrazado, puede estar disfrazado, el hombre puede no ser un hombre —repitió en voz baja recordando la información que había recibido la noche anterior.

Otra vez la escena circular.

La misma que había imaginado una y mil veces cuando su jefe le explicó lo que podía llegar a pasar. Le costó dormirse, pero finalmente pudo conciliar el sueño repasando la operación: un hombre que podía no ser un hombre iba a aparecer por la avenida San Juan caminando a paso lento, desprevenido, sin imaginar lo que le esperaba. Debía seguirlo con firmeza y decisión, controlando su pulsión de muerte para no dispararle hasta escuchar la orden por la frecuencia modulada.

Querían a la presa con vida.

A nadie le servía muerto.

No había margen para cometer errores.

El hombre que esperaban solía andar por la ciudad disfrazado de mujer o mimetizado con atuendos religiosos. Los informes de inteligencia del grupo de tareas 3.3/2 así lo indicaban. Llevaban meses estudiando sus movimientos, cercándolo, pisándole los talones, secuestrando y asesinando a todo su entorno.

—Mirá que este hijo de puta es un fantasma dando vueltas por la ciudad y suele vestirse de cura o de mujer —había escuchado en el Casino de Oficiales de la ESMA mientras cenaban y repasaban el operativo.

De una u otra manera, el francotirador debía esperar la orden para disparar. Y en eso estaba cuando escuchó la primera voz de alarma.

—Atención, atención, el objetivo avanza por San Juan.

La fritura del walkie talkie se hizo más fuerte, menos audible.

—Todas las posiciones preparadas, el objetivo avanza hacia nosotros.

El reloj marcaba las 14:30 del 25 de marzo de 1977 cuando llegó la primera advertencia traducida en ese sonido metálico.

Era la señal esperada.

Acercó la mano derecha al gatillo, usó la palma de la otra para sostener el fusil y guiñó el ojo izquierdo hasta cerrarlo por completo para lograr el mejor

enfoque.

Se preparó para disparar.

Ese hombre que podía no ser un hombre entraba en escena. Llevaba un maletín negro en una mano y una bolsa en la otra. Vestía como un jubilado. Y no llamaba la atención de los peatones. Los cálculos de inteligencia habían fallado. Nada de atuendos femeninos ni religiosos: era un hombre vestido de hombre simulando una edad que no tenía, portando ropa amplia y un sombrero de paja que le ensombrecía la cara.

El francotirador lo seguía como un cazador que espera ante su presa el momento adecuado para jalar el gatillo. El objetivo quedaba dentro de la mira telescópica. Dos rayas negras lo crucificaban.

En pleno movimiento se lo veía con claridad. La guayabera beige de tres bolsillos ajada por los múltiples lavados, el pantalón marrón, un sombrero de paja que le cubría la coronilla, zapatos al tono y anteojos negros de marco grueso.

Era el segundo operativo que habían montado para capturarlo con vida. En el anterior, también en el barrio de San Cristóbal, no se había presentado a la cita.

Ahora, el objetivo avanzaba con paso cansino.

Cruzó la avenida San Juan y enfiló hacia Combate de los Pozos en la dirección contraria al tránsito.

En la calle el operativo estaba distribuido siguiendo los criterios de siempre. El francotirador miraba a todos sus compañeros dispersados en distintas posiciones. Una parte de la patota actuaba como grupo de choque

para la inminente captura, y los otros contenían el perímetro desde una distancia que les permitía barrer el lugar para no dejar rastros. El “cerco”, así llamaban al segundo anillo que rodeaba la escena principal. Debían actuar y salir rápido de una zona garantizada como territorio liberado por la comisaría de esa jurisdicción.

Cinco vehículos desplegaron: una camioneta F-100, un Ford Falcon, un Peugeot 504, un Renault 4 blanco y la SWAT, esa camioneta que incluía en la caja una camilla con picana por si algún detenido se revelaba y necesitaban aleccionarlo en movimiento.

Los integrantes del operativo pertenecían a distintas fuerzas: policías federales, prefectos, marinos, penitenciarios y personal del Ejército. Una ambulancia recorría las cercanías a la espera de ser convocada frente a cualquier emergencia.

Todo el operativo estaba a cargo del capitán de Navío Enrique “Cobra” Yon, un hombre que se había desempeñado en el Centro Piloto de París, creado para mejorar la imagen de la dictadura argentina en el exterior. Cobra tenía poca práctica en ese tipo de procedimientos. Recién había llegado al área y, en efecto, era su primera salida. La poca experiencia quedó al descubierto cuando eligió el lugar más visible para ubicarse en la escena por donde avanzaba el objetivo. Desde la altura, el francotirador lo observaba parado en medio de la avenida con las manos en su chaqueta de cuero y las piernas erguidas. Los autos pasaban a escasos centímetros.

Un tanto más lejos aparecía el comisario Ernesto Frimon “220” Weber, cumpliendo a la perfección su parte del plan: le marcaba de cerca el paso al objetivo, secundado por el marino Alfredo Astiz, quien aguardaba el momento indicado para abalanzarse y tacklear a la presa.

El francotirador recorrió la escena circular yendo de un lado hacia otro: de la posición de Cobra a la persecución de Weber, para terminar la ronda en el

movimiento sigiloso de Astiz.

Vio cómo todos le pisaban los talones cuando se sobresaltó.

—¡Alto, policía! ¡Alto, policía! ¡Levantá las manos!

El grito inesperado provenía de uno de los autos ubicados sobre la avenida San Juan. Era el Peugeot 504 que, simulando un desperfecto, había estacionado en doble fila. Tenía todas las puertas abiertas y sus ocupantes apuntando hacia el centro de la avenida. El plan se había alterado.

El francotirador observó cómo, en otro sector, el Renault 4 daba un giro en U que le permitió quedar de frente a la presa. Al volante iba Juan Carlos “El Gordo” Linarez, un rudo suboficial de la Policía Federal que solía custodiar a los detenidos en los operativos de marcado y secuestro.

El estruendo de la orden impartida generó una reacción automática.

Empezaron los gritos, las corridas.

El objetivo apuró el movimiento.

Ya no era tan sencillo seguirlo desde la mira telescópica.

Al llegar a la esquina, y frente al alboroto, llevó su mano hacia la bolsa plástica y amagó con sacar algo.

—¡Tiene una pepa, atención, corran! ¡Pepa, pepa! —gritó el más cercano de sus perseguidores mirando a sus compañeros que se replegaron cubriéndose donde podían.

El francotirador se preparó para disparar esperando ver una granada volando por el aire. Pero la orden nunca llegó. Tampoco el artefacto explosivo.

Atrás de un árbol observó una sombra y creyó ver al objetivo desenfundando un arma corta. Primero emergió un brazo. Luego la mitad del cuerpo. Los movimientos se precipitaron. Un disparo, otro y otro más.

El tiroteo duró apenas segundos.

Cobra, parado en medio de la avenida, acertó en el tórax.

El objetivo cayó desplomado. Logró arrastrarse por la vereda para volver a refugiarse atrás del tronco que le había servido como escondite inicial.

Estaba cercado.

La muerte era cuestión de segundos.

II

EL CIELO ESTRELLADO DE SAN VICENTE

La noche anterior, mientras cenaba en San Vicente, sobrevinieron los fantasmas de la muerte. Un pensamiento lo atormentaba en el último tiempo, y no había manera de exorcizar esos fantasmas.

Rodolfo Walsh convivía con esa idea desde hacía mucho tiempo. El paso a la clandestinidad de Montoneros había sido un mal presagio.

El tema derivó en una charla con su compañera, Lilia Ferreyra. Una de las tantas conversaciones en las que se sumergían para hacer más llevadera la vida lejos de la ciudad.

Walsh le explicó que ese dolor sólo podía soportarse profundizando el compromiso político. Muerte y política, o política y muerte.

Lilia también soltó sus propios temores. Había conocido el impacto de la muerte a los trece años con la partida de su madre. Una pérdida que la obligó a dejar su Junín natal para iniciar la aventura en la gran ciudad. Walsh retrucó con su propia historia. La de su padre atropellado en 1945 por un caballo desbocado.

Pero no eran ese tipo de muertes las que le quitaban el sueño. Walsh estaba convencido de que había llegado el momento del repliegue. Que después del golpe de Estado se libraban batallas desiguales contra un enemigo que había puesto en marcha una verdadera maquinaria asesina.

El miedo que lo perseguía, que lo atormentaba, no tenía que ver necesariamente con su propia muerte, sino con el temor a caer en manos de un enemigo salvaje que aplicaba la tortura para arrancarles información.

En rigor, su rol en la inteligencia de Montoneros le permitía acceder a

datos sensibles sobre el accionar de la organización revolucionaria. Por eso el pánico a una agonía que pusiera en jaque, incluso, su compromiso combatiente.

¿Qué podría pasarle si caía con vida en manos de los militares?

No estaba dispuesto a eso.

Lilia tampoco.

Los dos sabían lo que estaba sucediendo con sus compañeros. Walsh lo había investigado. Lo venía replicando en distintos cables de la agencia clandestina de información que había montado para romper el cerco informativo. Incluso, varias de sus principales fuentes lo habían ayudado a reconstruir lo que sucedía en los centros clandestinos de detención.

Secuestros.

Torturas.

Interrogatorios.

Y más secuestros.

Y más torturas.

Y más interrogatorios.

Un plan sistemático del horror.

En los últimos meses habían asesinado, en Mendoza, a su mejor amigo, Francisco “Paco” Urondo, responsable del área de prensa de Montoneros. Su hija María Victoria se había quitado la vida de un disparo en medio de un tiroteo con el Ejército sobre la calle Corro, en Villa Luro. Su grupo de militancia estaba diezmado. Muchos informantes, aquellos que se mantenían infiltrados en las filas del enemigo, habían sido descubiertos, secuestrados y asesinados. Mariana y Pablo, a quienes consideraba sus discípulos en la militancia revolucionaria, llevaban meses desaparecidos. También Sergio

Puigróss alias Federico, el Negro Eduardo Suárez, un colega entrañable, el médico Héctor Talbot Wright y su responsable en el Departamento de Inteligencia e Informaciones de Montoneros, Raúl Rossini Macías, alias Nariz con Pelo.

Walsh estaba al borde de quedar desenganchado y aislado de la militancia. La Conducción Nacional le había ofrecido salir del país hacia Roma, pero él mantenía la convicción de quedarse en el territorio junto a los militantes. Aun sabiendo que lo podían matar.

—Sólo me iría a Cuba, eso de militar desde Europa despertaría carcajadas en Vicki —le había confesado a Lilia.

Había sido un día interminable. La última copia de “La carta de un escritor a la junta militar” ya estaba corregida sobre el escritorio. Al otro día planeaba distribuirlas en buzones de la Capital Federal. Los receptores de los sobres serían los principales diarios de Buenos Aires y algunas corresponsalías extranjeras, como las oficinas de la agencia cubana Prensa Latina, la francesa AFP, la norteamericana Associated Press o la agencia de Telégrafos de la Unión Soviética conocida como TASS. Era un texto prohibido pero luminoso. Una denuncia que comenzó a delinearse con el objetivo de sintetizar las características de la dictadura, exponer su proyecto económico y social, y destacar el camino de la resistencia popular.

Era, también, su regreso a la escritura: esa tarde había terminado el cuento “Juan se iba por el río”.

Bajo el cielo estrellado de San Vicente brindó con Lilia por haber podido cumplir con la promesa de terminar los dos textos. Estiró los dedos y bromeó sobre la artrosis que lo aquejaba. Se sentía viejo a pesar de los cincuenta años recién cumplidos. Lilia también tenía las manos y los brazos cansados. Por la

tarde, había colgado nuevas cortinas amarillas para tapar el sol que invadía la casa de ladrillos rojos y techos bajos. Todavía les quedaba una copa del vino abierto durante la cena cuando charlaron de política, de su nueva vida en San Vicente, de su “casita” —así llamaban al terreno de cinco lotes en el barrio El Fortín—, del futuro y de la muerte.

Cerca de la medianoche, Walsh y Lilia cayeron vencidos por el cansancio. Esta vez no tuvieron ganas de jugar al Go o al Scrabble. A Lilia no le gustaba perder, y él se divertía viéndola enfurecida por la derrota.

Antes de cerrar los ojos apareció una copita de ginebra. La última.

En penumbras, él terminó de confesarle la ansiedad que sentía por el encuentro del sábado al mediodía con su hija, su yerno y el bebé que había llegado a la familia: su primer nieto varón.

Antes de apagar las lámparas a kerosén, Lilia preparó las dos granadas de fragmentación que tenían como resguardo. Solía ser un ritual. Lo repetían todas las noches desde hacía varios meses. Los dos explosivos quedaron a mano, sobre las mesitas de luz, sin el seguro.

III

A CAPITAL FEDERAL

La mañana del 25 empezó con una disputa para ver cuál de los dos abandonaba primero la cama para preparar el café. Ganó Lilia esta vez. Después del desayuno, llegaron los preparativos para viajar hasta la Capital Federal.

Era un día importante. Los dos lo sentían, pero lo disimulaban.

Walsh tenía pactadas tres citas en una esquina porteña. Lilia iba a aprovechar el tiempo para embalar algunas cosas que habían quedado en el departamento de la calle Juan María Gutiérrez y Malabia. Ese refugio secreto de la Capital Federal ya no era tan visitado por la pareja. Se hacía necesario vaciarlo por cuestiones de seguridad. Allí guardaban muchos cables periodísticos confeccionados en los últimos meses como parte del trabajo de la Agencia de Noticias Clandestina (ANCLA).

Como en cada incursión a la Capital, Walsh preparó su maletín símil cuero. Hacía un tiempo se había acostumbrado a portarlo. Guardó prolijamente las diez copias de la carta que pensaba repartir, agarró de su cocina una bolsa que solía usar para disimular algunos de los papeles y eligió la ropa que lo acercara a la idea estética de un jubilado: una guayabera beige de tres bolsillos, pantalón marrón, un sombrero de paja para cubrir su coronilla pelada, zapatos al tono, un clásico reloj Omega y los anteojos negros de marco grueso.

De la mesa de luz, también agarró un arma. Una pistola policial modelo detective de origen alemán Walther PPK calibre .22, que había comprado en 1974 en una armería de la calle 25 de Mayo.

Con todo preparado subieron al Fiat 600. El auto no era de ellos sino del padre de Lilia, Juan Ferreyra. Probaron dos veces, pero falló el encendido. No era la primera vez. Decepcionados, apuraron el paso para no perderse el tren de las 12.

Unas diez cuadras los separaban de la estación.

Cuando llovía aquellas calles de tierra solían embarrarse tanto que el trayecto se hacía tedioso. Pero ese día había un sol radiante. Primero pasaron por la esquina donde vivía Carlos, el primer vecino que conocieron. Aquel mediodía no estaba asomado como era habitual. También cruzaron por el frente de la casa de Aldo Rodríguez, las cortinas de tela marrón cubrían las ventanas. Tampoco vieron movimiento. Finalmente, recorrieron la vereda de Roberto Moreno, un viejo peronista del barrio que le caía simpático a Walsh.

Sin nadie a quien saludar caminaron con premura.

A metros de la estación, Lilia se separó para encargarse de la carne para el sábado al mediodía, ese asado que tanto entusiasmaba a Walsh. Para ganar tiempo él se anticipó a sacar los pasajes del Ferrocarril General Roca con destino a Constitución. Tenían pocos menos de una hora de viaje.

Mientras aguardaban, parados en el andén, se cruzaron con Victoriano Matute, el dueño de la inmobiliaria del pueblo que les había vendido la quinta y tenía pendiente entregarles los documentos de la operación.

Llegó el tren. La maniobra la conocía de memoria. Hacía tres meses que la repasaba a diario y siempre encontraba un nuevo detalle donde reparar. La locomotora era desenganchada y conducida por personal ferroviario hasta el final de las vías. El sonido era insoportable. Cada semana escuchaba el chillar

de las ruedas sobre los raíles y le provocaba escalofríos. Luego giraban la formación y la ubicaban en el extremo opuesto para que pudiera retomar hacia la Capital Federal.

En el vagón eligió la ventana. Otro acto rutinario. La velocidad le permitía observar los cambios arquitectónicos del campo a la ciudad. El verde del pasto se convertía en el gris del asfalto, el olor de los eucaliptos en el smog del tránsito y las casas bajas en las moles de varios pisos que tapaban el sol.

No bien llegaron a Constitución, y siguiendo los protocolos de seguridad, Walsh confirmó desde un teléfono público la tercera cita del día. Llamó a un número alquilado y mediante contraseñas obtuvo la información que buscaba. Se despidió de Lilia con un beso. Cruzó la calle hacia la zona de las paradas de colectivos. Y antes de perderse entre la gente se dio vuelta para mirarla.

Ella, aún parada sobre la esquina, se apuró a gritarle:

—No te olvides de regar las lechugas.

Walsh levantó la mano y respondió con una sonrisa.

IV

SAN JUAN Y ENTRE RÍOS

En silencio, repasó las citas del día. Dejó atrás, por unos instantes, el viejo aljibe recuperado, la huerta que estaban montando y esos hormigueros que lo tenían a maltraer en su nueva vida. Tenía la certeza de haber realizado la prueba de seguridad unos días antes en la esquina de Humberto Primo y Entre Ríos al dejar sobre el tronco de un árbol un paquete de cigarrillos abollado a modo de contraseña.

Eso le daba la tranquilidad de lo que venía: una reunión a las tres de la tarde, otra a las cuatro y una tercera para finalizar el día y volver a San Vicente. Quizás por eso caminaba inadvertido disfrutando del sol de marzo y tratando de conectarse con el bullicio porteño del que se había alejado frente al asedio de los militares.

Cuando llegó a media cuadra de la esquina de San Juan y Entre Ríos advirtió dos movimientos extraños. Un hombre parado en medio de la avenida con las manos en los bolsillos de su chaqueta de cuero y las piernas firmes. La avenida San Juan era doble mano. No tenía mucha lógica que estuviera ahí. Los autos lo rozaban a escasos centímetros. Walsh disimuló la preocupación y siguió caminando. A los pocos metros, reparó en los ocupantes de un Peugeot 504 en doble fila. Tampoco le gustó lo que veía. Trató de avanzar con naturalidad para llegar a la esquina. Pero un grito lo sobresaltó.

—¡Alto, policía! ¡Alto, policía! ¡Levantá las manos!

Corridas.

Autos arando.

Peatones a los gritos.

Con un movimiento tosco sacó su arma y llegó agazapado a resguardarse detrás de un árbol. Un Renault 4 color blanco dobló en U y cortó el tránsito en la avenida. Apenas pudo ver ese movimiento desde el lugar donde había quedado escondido. En otro sector, una camioneta Ford F-100 se abrió paso a los bocinazos entre los pocos vehículos que aún transitaban. También advirtió la frenada brusca de un Ford Falcon del que descendieron al menos tres hombres armados. Los movimientos se precipitaron.

Asomó el brazo y disparó sin mirar a quién le apuntaba.

Luego la mitad del cuerpo. Y volvió a disparar.

No estaba dispuesto a entregarse.

El grupo de tareas lo tenía rodeado.

Los disparos le empezaron a llover desde distintas posiciones.

Estaba cercado.

La muerte era cuestión de segundos.

V

25 DE MAYO DE 1973

Tres años antes, sin imaginar el final de su vida, Walsh lidiaba con un mapa gigante. Lo movía para un lado y el otro. Buscaba achicarlo para trabajar con mayor comodidad. Cada pliegue le generaba fastidio, pero era la única manera de domar esa cartulina que había conseguido un día antes en una librería de la avenida Corrientes. Debía concentrar su mirada en un punto estratégico: la Plaza de Mayo.

Puertas adentro de un departamento oscuro art déco ubicado en Tucumán 458 se dispuso a vivir la jornada histórica del 25 de mayo de 1973, el día de la asunción del presidente Héctor Cámpora. El humo de los cigarrillos se acumulaba en el ambiente sin ventilar. Desde el cenicero de vidrio rebalsado asomaban restos de los filtros ya sin tabaco.

Uno al lado del otro, todos en la misma posición.

Las manos se le cansaban a cada rato, y cuando esto pasaba paraba unos minutos para estirar los dedos, que parecían arañas indomables. La artrosis lo obligaba a un movimiento mecánico cada vez que sentía esa rigidez.

Sobre un viejo escritorio, Walsh empezó su tarea con la paciencia de un orfebre. Con lápices de distintos colores identificó aquello que buscaba resaltar. Dibujó una línea recta por Hipólito Yrigoyen con el punto de partida en el Cabildo. Luego, marcó la esquina de Balcarce y deslizó el lápiz hacia abajo hasta llegar a Paseo Colón y continuar por el fondo de la Casa de Gobierno. Por último, marcó otra recta desde Rivadavia hasta la Catedral, y así terminó de completar el perímetro que necesitaba estudiar.

El mapa se pintó con cruces, rectas y anotaciones.

Walsh imaginó a la militancia exultante copando ese mismo espacio geográfico. Pensó en Lilia, su compañera, que hacía algunas horas había partido en medio de la algarabía a encontrarse con los compañeros. Ahí estaría mezclada entre una multitud jubilosa que avanzaba hacia el centro. Hasta fantaseó, por un instante, con tirar todo y salir corriendo a sumarse.

Con el mapa preparado y el cuaderno de apuntes abierto, dio el segundo paso. Esta vez no era tan sencillo, porque requería de algunos conocimientos técnicos.

Acomodó los cables.

Abrió una de las ventanas.

Corrió la cortina que ensombrecía el lugar.

Apuntó con la antena del aparato hacia el cielo celeste.

Y empezó a mover una perilla diminuta.

El scanner, que en apariencia lucía como un pequeño walkie talkie, empezó a emitir sonido.

Había logrado interferir las comunicaciones policiales.

Se dispuso a escuchar.

“Q.A.P, Q.A.P, comando llama, comando llama”, escuchó entre otras siglas que fue descubriendo.

A esa hora el intercambio de comunicaciones era tan intenso que presagió un día largo. Percibió que había una manera afirmativa de emplear el histórico “código Q” y otra manera interrogativa. Entonces, si un policía decía “Q.T.H” sin una entonación determinada era porque estaba pasando su posición geográfica. También podía hacerlo a modo de pregunta, lo que significaba que estaba solicitando la ubicación de su interlocutor.

Walsh era un criptógrafo destacado. Sabía mejor que nadie cómo detectar

mensajes cifrados y desentrañar claves secretas. Se trataba de un oficio particular aprendido durante su incursión en la Cuba revolucionaria, donde fue clave su aporte a la agencia Prensa Latina y a la inteligencia de Fidel Castro. Fue el encargado de Servicios Especiales en la fundación del proyecto que el Che Guevara le había requerido a otro periodista argentino, Jorge Masetti.

Una tarde de 1961, mientras controlaba el envío de los cables, se detuvo en uno en particular que provenía desde la empresa de comunicaciones Tropical Cable de Guatemala. Le llamó la atención la cantidad de signos inentendibles y sospechó que podían ser claves secretas. Lo que a simple vista parecía un error técnico terminaría siendo un hallazgo histórico. Ayudado por libros de criptografía logró desentrañar la madeja. El cable estaba dirigido a Washington por el jefe de la CIA en Guatemala; un funcionario diplomático destinado en la embajada norteamericana en ese país. El documento exponía los planes del complot. A los pocos meses, la invasión en la Bahía de los Cochinos resultó cierta, pero las tropas castristas ya estaban advertidas gracias a la tarea de Walsh.

Doce años después y a miles de kilómetros de La Habana usaba todo ese conocimiento detectivesco para descualificar el comportamiento policial en un momento concluyente de la historia argentina.

Las órdenes que intercambiaban los policías se mezclaban con el sonido de una radio AM que transmitía los detalles de la asunción presidencial. Walsh se concentró en el sonido metálico del scanner. Esa fritura apenas audible que le permitía interceptar las órdenes y conocer desde adentro cómo se movía el enemigo.

Cada dato obtenido lo volcaba en el cuaderno y, luego, le daba un criterio

de ubicación en el mapa. En su tarea de espionaje, también utilizaba un grabador marca Geloso para registrar las voces que emergían con modismos que le resultaban familiares por su formación de periodista policial. Y cuando algo le resultaba confuso, al quedar registrado, podía volver a escuchar el sentido de la orden emanada para entender el significado.

Todas las comisarías porteñas estaban abocadas al operativo. Cámpora juraría en el Congreso, para después trasladarse a la Casa Rosada y completar la asunción. Walsh presumía que la ceremonia podía salir mal. Que algún grupo faccioso buscaría arruinar la fiesta del retorno de la democracia tras tantos años de oscuridad. Un proceso que conocía a la perfección, ya que en los últimos años profundizó su compromiso político involucrándose en la militancia.

Hacia fines de 1970, había comenzado un camino indeclinable que desembocaría en Montoneros. Primero se vinculó orgánicamente con las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), la organización que más tenía que ver con el peronismo histórico porque pisaba fuerte dentro del sindicalismo y llegaba a la clase obrera mediante “el Peronismo de Base” (PB).

Con la llegada al poder del general Agustín Lanusse y la posterior perspectiva de una salida electoral, se produjo una ruptura interna. Un sector de las FAP consideraba a Perón como el único líder capaz de articular un desenlace democrático y creían revolucionario al movimiento peronista. Otro grupo, denominado Alternativa Independiente de la clase obrera y el pueblo peronista (AI), se postulaba como la única herramienta política propia de los trabajadores. Esta última facción, liderada por Raimundo Villaflor y Jorge Caffatti, ponía el acento en la lucha de resistencia distanciándose de los llamados “burócratas y traidores”. Al triunfar este sector se impuso un proceso interno denominado “homogeneización política ideológica compulsiva”.

Walsh tenía un vínculo estrecho con Villaflor, uno de los sobrevivientes del tiroteo en la pizzería La Real donde murió, entre otros, Rosendo García, secretario general de la UOM de Avellaneda. Aquel episodio lo inspiró a realizar una investigación que primero publicó, a mediados de 1969, en una serie de notas en el semanario de la CGT de los Argentinos (CGTA) y luego compiló en el libro *¿Quién mató a Rosendo?*

Fue el propio Villaflor quien acercó a Walsh a la militancia peronista.

La relación de confianza se hizo aún más estrecha con el paso de los años.

En 1972, Walsh también participó de la militancia sindical con la Agrupación 26 de Julio del gremio de prensa junto a su hija María Victoria, Lilia Ferreyra —su pareja— y dos amigos y colegas: Silvia Rudni y Carlos Aznárez.

Por esos días el debate entre los militantes se centraba en el camino que debería tomar la Argentina de cara al futuro. En las FAP ya se registraba una fuerte radicalización contra algunas posturas “movimientistas”, que priorizaban la actividad como partido político. Otros reafirmaban la vigencia de la lucha armada. Esas discusiones llevaron a un proceso de debilitamiento interno.

El desgaste inició el tránsito hacia la desintegración.

Muchos militantes saltaron hacia Montoneros.

Walsh fue uno de ellos.

Ni bien empezó el discurso presidencial, bajó el volumen del scanner y subió el de la radio. Eran las diez de la mañana. Se sirvió el primer café del día. Se quitó los anteojos con los que combatía su miopía y se dispuso a escuchar.

El país se paralizó.

—Yo, Héctor José Cámpora, juro por Dios, nuestro Señor, y los Santos

Evangelios...

A los pocos minutos, se oyeron los primeros aplausos de emoción en el recinto.

Se gritó por Perón.

Se cantó por Perón.

El Congreso se convertía en una prolongación de la euforia callejera, de la bronca acumulada de un pueblo proscrito.

Afuera comenzaban los primeros incidentes.

Walsh abandonó la transmisión y volvió al scanner. Escuchó los episodios en clave policial. Logró interceptar las radios de la Policía Militar, encargada de la represión en la puerta del Edificio Libertador.

Los manifestantes cuaduplicaban en cantidad a los efectivos militares. Los soldados se sintieron acorralados, temieron que la multitud copara las instalaciones y abrieron fuego.

El primer disparo fue certero.

Un manifestante cayó herido.

Comenzaron las corridas.

El clima se tensó por completo.

En la Plaza de Mayo, la noticia de los incidentes provocó revuelo. El palco oficial fue conquistado por un grupo de militantes. Otros, que llegaban desde el Obelisco, se treparon hasta la terraza del edificio de la Curia, pegado a la Catedral, para colgar banderas.

Reinaba el descontrol.

A las 11.50, Cámpora terminaba su discurso presidencial y era advertido del clima violento.

La custodia suspendió el traslado por tierra.

No estaban dadas las condiciones.

Decidieron usar el helicóptero.

Walsh llegó a escuchar el intercambio de mensajes de las fuerzas de seguridad en el momento de mayor descontrol. También escuchó cómo preparaban la nave que surcaría el cielo de la Capital. En ese momento, la Guardia de Infantería se replegaba en las escalinatas del Banco Nación para buscar un mejor lugar desde donde minar la plaza de gases lacrimógenos.

Temió por Lilia, por los compañeros, por el devenir de un país cuyos liderazgos parecían no estar resueltos.

En pocos segundos, Cámpora recorrió por aire las quince cuadras entre el Congreso y la Casa de Gobierno. Lo acompañaba su vicepresidente, Vicente Solano Lima. Al llegar, les tomó juramento a los ministros y salió al balcón para calmar a la multitud embravecida que coreaba su nombre.

En la plaza, los militantes empezaron a desconcentrarse mientras convocaban a una manifestación en las puertas de la cárcel de Villa Devoto. Llegarían con antorchas y banderas para exigir lo que había sido una de las promesas de campaña.

Walsh se sobresaltó con el ruido de la llave. Lilia estaba de regreso con la idea de sumarse a las columnas que clamarían por la liberación de los presos políticos.

La jornada había sido agotadora, pero Walsh no estaba dispuesto a perderse una nueva gesta. Plegó el mapa gigante, cerró su cuaderno repleto de anotaciones, apagó el scanner policial y se vistió para salir.

Había terminado su primera gran operación de inteligencia para la organización Montoneros.

VI

LEER ENTRE LÍNEAS

La asunción de Héctor Cámpora fue el empujón definitivo para que Walsh se enrolara en la organización. Era algo que venía meditando, que rondaba por su cabeza. Era el espacio político revolucionario donde tenía ganas de militar, donde estaba su hija, sus amigos.

Ingresó a la “Orga” con el rango de oficial segundo bajo el nombre de guerra “Esteban”, en homenaje a su padre, mayordomo de estancia y obrero portuario. Con el paso del tiempo también usó otros alias, como Neurus o El Capitán Neurus. En su caso, no fue necesario el camino de ascenso jerárquico que solía iniciarse con la condición de aspirante. La Conducción Nacional tenía cierta fascinación con la figura de Walsh y lo reconocía como intelectual destacado. Incluso en varias reuniones se encargaron de hacerle saber que durante los actos preparatorios para el secuestro de Pedro Eugenio Aramburu habían estudiado el operativo con una lectura aguda de varios textos, entre los que se encontraba *Operación Masacre*.

En los comienzos, participó algunos meses de la estructura de Prensa de la organización junto a un amigo, el poeta Paco Urondo. Pero rápidamente encontró su destino en Informaciones e Inteligencia, donde comenzó a desplegar su habilidad detectivesca y su lucidez como analista político. Era el encargado del área “Policías y Fuerzas Armadas”.

Walsh sabía leer entre líneas.

Encontraba información donde otros no la veían.

Unía datos.

Tenía una mirada lateral.

Era capaz de detenerse en una información que obtenía de los avisos fúnebres para relacionarla con algún elemento extraído de otras noticias, y así lograba establecer vinculaciones en las cuales nadie reparaba.

Su responsabilidad central era la de producir documentos internos. Con los meses, la Conducción Nacional también le otorgó espacios en las páginas de la revista *Evita Montonera*, un boletín de informaciones que alcanzó a publicar veinticinco ediciones y un número especial, dedicado al secuestro de los hermanos Born en 1974.

La noche del 25 de mayo de 1973, tras aquel día intenso, logró reencontrarse con la algarabía del pueblo. Frente al portón de la cárcel de Villa Devoto se mezclaban familiares de los presos políticos con los militantes que, unas horas antes, habían copado la Plaza de Mayo eludiendo los gases policiales.

Walsh llegó a bordo del Renault 4 del periodista Miguel Bonasso y cumpliendo el pedido de Lilia se sumó a la multitud efervescente. Tras los muros, muchos de sus principales amigos llevaban meses o años encarcelados.

Todos vivaban una libertad que empezaba a sentirse inminente.

Exigían el cumplimiento de la principal consigna de campaña: “Ni un día de gobierno popular con presos políticos”.

Cerca de las nueve de la noche la situación se tornó incontrolable.

El barrio anochece convulsionado.

Más de cuarenta mil personas rodeaban la cárcel.

Algunas sombras se empezaron a recortar en la terraza del pabellón. Un grupo de presos había ganado ese sector de la penitenciaría y empezaban a comunicarse a los gritos con la multitud rabiosa.

Los guardias tenían controlado el patio interno y todo el perímetro de la

cárcel.

Nadie se fugaría ni saldría en libertad sin que mediara una orden política.

Catorce horas después de jurar en el Congreso, Cárpora tomaba su primera decisión trascendental en el poder.

El anuncio de la amnistía se recibió con alegría.

A eso de las once las puertas de la cárcel se abrieron y comenzaron a salir los primeros detenidos.

Los aires victoriosos hicieron ratificar a Walsh la decisión que había tomado.

Montoneros asomaba como su lugar de pertenencia.

Empezaba a sentirse como un combatiente más sin imaginar que ese compromiso político terminaría con su vida.

VII

¿FRACASO?

El francotirador que había seguido la escena en primer plano desarmó la posición y emprendió la retirada cuando lo observó caer desplomado. Le quitó la mira telescópica a su fusil y dejó el lugar despejado.

El cuerpo de Walsh quedó recostado entre el cordón de la vereda y el árbol que había usado como refugio. Estaba mal herido y apenas podía respirar, pero aún se movía. La sangre en la vereda se mezcló con los papeles desperdigados por el suelo. A metros, yacía otro cuerpo; el de un peatón alcanzado por uno de los disparos cruzados. También estaba herido. En la vereda de enfrente, un tercer cuerpo completaba la escena. El mayor Julio César “Maco” Coronel, integrante de la patota, era socorrido por los compañeros. Había recibido un tiro en la pierna izquierda.

Los vecinos se amontonaron en la esquina. Algunos, incluso, salieron a los balcones para observar lo que estaba sucediendo.

El operativo había fracasado.

En pocos minutos, el grupo de tareas 3.3/2 barrió la zona para no dejar rastros. Levantaron el maletín de cuero, los papeles y el arma. Cargaron el cuerpo de Walsh en uno de los vehículos.

En veinte minutos cruzaron la Capital y llegaron a la ESMA.

VIII

808

El aire era irrespirable. Martín Gras hizo el esfuerzo de mirar a través de la venda. Llevaba más de dos meses secuestrado en la ESMA y recién había logrado que le reemplazaran la capucha por un antifaz con algodón y el elástico un tanto estirado. La venda era de tela doble y tenía adentro lana de vidrio que se incrustaba en los ojos, pero él con mucha paciencia se las había ingeniado para sacarle todo lo que le generaba ardor.

El cambio había resultado un beneficio.

Ahora podía espiar para orientarse.

Reconoció que estaba en el sótano por el ambiente sofocante. Ya había estado ahí cada vez que lo bajaban desde Capucha, donde permanecían hacinados los detenidos, para someterlo a la tortura.

En la ESMA ya no eran reconocidos por sus nombres, sino identificados por un número.

Martín era el 808.

Había sido secuestrado por el grupo de tareas 3.3/2 el 14 de enero de 1977 mientras caminaba junto a Fernando Perera en el barrio de Colegiales. Martín y Fernando iban a encontrarse con Pablo González Langarica, otro cuadro montonero. Con un megáfono en la mano, uno de los integrantes de la patota gritó que las fuerzas de seguridad conjuntas estaban llevando adelante un operativo contra un delincuente común. Los pocos vecinos que transitaban por el lugar huyeron despavoridos.

Luego de golpearlos, vendarles los ojos y esposarlos, a Gras lo introdujeron dentro del baúl de uno de los cinco vehículos que dispusieron

para ese operativo.

—A proa la columna, zarpar —escuchó atormentado y confirmó lo que sospechaba. Estaba siendo secuestrado por una patota de la Marina. Incluso turbado por los golpes y antes de que lo vendaran, había llegado a observar en el que parecía ser el jefe un cinturón con el ancla y el sol.

No había dudas. Su destino era la ESMA.

Siguiendo el procedimiento habitual, lo llevaron inmediatamente al Sótano. Donde ahora, casi tres meses después, respiraba ese aire rancio y hacía el esfuerzo para espiar lo que estaba sucediendo.

De repente escuchó gritos que le llegaban desde la planta baja. Era habitual ese grado de tensión cuando concluía un operativo importante o cuando se iban a producir los traslados.

—Hay que desalojar, hay que desalojar, despejen el área. Lleven a toda la gente que está acá para afuera.

Las voces venían desde el sector de la escalera de ingreso al Sótano. Martín había quedado sentado sin moverse en el banco donde los hacían esperar los turnos para la tortura. Para ese momento ya había logrado bajarse aún más la venda y distinguía con mayor nitidez las sombras que se movían.

Estaba encandilado, pero se animó igual.

Decidió pararse.

Arrastrando la espalda por la pared para no perder equilibrio llegó hasta la puerta de un baño. Las voces excitadas cada vez se le acercaban más, entonces decidió darle un topetazo a la puerta y entrar.

A esa altura ya había logrado conocer algunos recovecos que le permitían unos minutos de paz, alejado de sus captores. Ese baño era uno de ellos. Alguna vez le había servido para retrasar la tortura, otra para tomar un poco de agua del inodoro en momentos de profundo calor.

No podía quedarse mucho tiempo escondido.

Se percibía un grado de tensión enorme.

Los gritos retumbaban en ese espacio mínimo.

Martín pensó en quedarse ahí, oculto, a pesar del riesgo de que pudieran descubrirlo y condenarlo a un traslado.

Engañado por un intervalo de silencio decidió salir y caminar unos pasos. Entonces, sintió un golpe en la nuca que lo desestabilizó.

—Ehhh, pero cómo... qué hace este tipo acá —escuchó mientras alguien lo agarraba por el cuello y lo arrastraba hacia el sector de la escalera que unía el Sótano con el hall de planta baja, frente al Salón Dorado.

La escalera era muy estrecha. Subió salteándose los escalones para evitar más golpes, pero a mitad del recorrido advirtió que un grupo de personas bajaban desesperadas.

Pudo reconocer al comisario Weber.

Pudo observar, también, que trasladaban un cuerpo ensangrentado.

Eran cuatro personas las que rodeaban la camilla.

—A enfermería, a enfermería... correte de ahí, pelotudo —le ordenaron y otra vez los golpes.

En medio de los movimientos vertiginosos, con la venda un poco caída reconoció al hombre que trasladaban, con quien compartía la militancia en Montoneros. Desnudo de la cintura para arriba yacía Rodolfo Walsh. En el tórax tenía varios impactos de bala.

Jamás pudo saber si estaba vivo o muerto.

IX

OTRA TESTIGO

Martín Gras no fue el único prisionero que vio el cuerpo.

Nunca se percató de que, en una de las salas de tortura, a pocos metros de donde él estaba, había otros detenidos.

Silvia Labayrú escuchó el griterío en las escaleras. Intuyó algo extraño, pero no se animó a abrir la puerta. Era el mismo alboroto que había motivado a Martín a bajarse la anteojera para espiar, orientarse y llegar al baño para esconderse. Sintió los ruidos y no supo cómo reaccionar. Ya no podía moverse con tanta velocidad. Tenía las piernas hinchadas. Cursaba un embarazo de ocho meses.

Había sido secuestrada el 29 de diciembre de 1976 por la tarde. Mientras caminaba por Azcuénaga casi Juncal fue sorprendida por un grupo de personas vestidas de civil que la interceptaron y se la llevaron en un auto. Debía encontrarse en un bar de Las Heras y Uriburu con Alberto Lennie, su pareja. Nunca llegó a la cita. Silvia tenía 21 años y estudiaba Historia en la Universidad del Salvador. Venía de una militancia activa en la Juventud Peronista que había desencadenado en Montoneros.

Pensó que si pedía permiso para salir al baño quizás podría entender qué estaba sucediendo. Entonces, juntó coraje y se dispuso a abrir la puerta de la sala. Recién ahí se dio cuenta de que los gritos llegaban desde arriba. El pasillo estaba despejado. Caminó unos pasos y advirtió que había movimientos desesperados en las escaleras.

Vio las sombras.

Escuchó los golpes de los pasos agitados.

Pensó en un operativo de traslado o en uno de los prisioneros resistiéndose a ser bajado hacia el sector de la tortura.

Nada de eso.

Cuatro personas aparecieron en escena rodeando una camilla mientras trasladaban un cuerpo ensangrentado. Quedó paralizada en el ingreso de la celda con la puerta entreabierta. Por la desesperación, supuso que se dirigían a la enfermería.

Fue un movimiento veloz. Cuando pasaron frente a ella la mandaron de un empujón al interior de la sala. La puerta volvió a cerrarse.

Silvia no supo, en ese momento, quién era la persona desvanecida en la camilla, pero recordó lo que unas horas antes había escuchado en el Casino de Oficiales.

Esa mañana la patota de la ESMA había logrado una cita falsa con Rodolfo Walsh.

RECLAMAN LA LIBERTAD DE WALSH

La organización Información sobre América Latina reclamó la liberación del escritor y periodista argentino Rodolfo Walsh, secuestrado en Buenos Aires el 25 de marzo último, luego que enviara una carta al presidente de la junta militar, teniente general Jorge Rafael Videla, para denunciar la violación de los derechos humanos en ese país sudamericano y hacer un balance crítico del primer año del gobierno militar. (PL).*

* Cable de la agencia cubana Prensa Latina publicado por el diario *Granma* el 16 de abril de 1977.

X

CADA VEZ MÁS CERCA

¿Cómo asesinaron a Rodolfo Walsh?, fue lo primero que me pregunté cuando comencé esta investigación. Más bien me interesaba saber de qué manera habían logrado llegar hasta él aquel 25 de marzo de 1977. Sabía de antemano que la tarea no sería sencilla. Habían pasado 45 años y debía juntar pieza por pieza de un rompecabezas que ni la justicia había logrado completar.

Por aquellos meses, Walsh sostenía que la única alternativa para sobrevivir a tanto horror era una estrategia de repliegue que priorizara el camino político por sobre la lucha armada. Se refería a una nueva forma de acción política basada en la denuncia periodística, el testimonio del horror y un análisis político o ideológico que permitiera entender lo que estaba sucediendo y lo que pasaría en un futuro mediano.

En definitiva, Walsh estaba convencido de tres ideas concretas.

La militancia debía resguardarse.

La pelea era desigual.

La derrota, inevitable.

“No se trata de darnos por vencidos, sino de reencauzar la lucha por otras vías”, explicaba hacia adentro de su grupo político.

A pesar de esto, Walsh continuó con su activa militancia durante todo 1976 combinando su rol en Inteligencia de Montoneros con el desarrollo periodístico de ANCLA y Cadena Informativa, dos experiencias de difusión clandestina basadas en información popular que buscaban incomodar a la dictadura.

Y ese objetivo se cumplió.

El 20 de agosto de 1976 se publicó el primer cable de la agencia. “El gobierno militar y los presos políticos”, fue el título redactado en esos documentos de papel manifold que llegaron a periodistas, empresarios, políticos, militares y autoridades eclesiásticas rompiendo, de esa manera, el cerco informativo que había impuesto la dictadura. Eran cables destinados al círculo rojo de la época. Fueron más de doscientos.

En efecto, Walsh fue el primero en denunciar, desde estos espacios de contrainformación, las violaciones a los derechos humanos y el vaciamiento económico del país.

Por eso lo buscaban con vida.

Para interrogarlo sin límite de tiempo y sacarle información en la tortura.

Esa era su peor pesadilla.

La que alimentaba los fantasmas que lo perseguían en San Vicente las últimas semanas antes de caer.

La patota dedicada a su búsqueda tardó un año en encontrarlo. En ese tiempo colectaron información, hicieron seguimientos, realizaron escuchas telefónicas, descularon el organigrama de su grupo de militancia y torturaron a prisioneros para arrancarles información con el fin de llegar hasta él. Con los datos obtenidos secuestraron a personas cercanas a Walsh: amigos, vecinos, informantes y periodistas.

La inteligencia de esas caídas conectadas estuvo a cargo de Miguel Ángel “Dante” García Velazco, un teniente de navío que integró el grupo de tareas 3.3/2 como oficial de inteligencia.

Dante estaba obsesionado con Walsh. Me lo contaron varios sobrevivientes que lo padecieron dentro de la ESMA. Consideraba que capturarlo con vida podía darle el ascenso que venía buscando. Era una manera de congraciarse

con su jefe, Jorge “El Tigre” Acosta. Por eso, ante los prisioneros se ufanaba de haber recolectado la mayor cantidad de datos de inteligencia. Otro que se sumaba en esa tarea era el capitán de corbeta Ricardo “Sérpico” Cavallo, quien solía interrogar a los detenidos exigiéndoles información del escritor.

Walsh sabía que lo estaban cercando. Había sentido el acecho de los militares el 18 de septiembre de 1976 cuando allanaron su vivienda en el Tigre. El deseo de escribir cerca del agua lo había llevado a alquilar la casa 459 ubicada en el río Carapachay llamada Liberación. En su búsqueda incesante el grupo de tareas vigiló la vivienda por varios días para luego ocuparla, destruirla y secuestrar a sus vecinos para interrogarlos. Antes de dejar la isla robaron su máquina de escribir, varios libros, originales de algunos cuentos y un “Mapa del cielo” con el que Walsh solía ubicar las formaciones celestes mientras hablaba —medio en broma, medio en serio— de años luz y de dimensiones sobrehumanas.

Antes del allanamiento ya había sentido una clara advertencia el 14 de julio de 1976 cuando fue secuestrado Sergio “Jupito” Tarnopolsky, uno de sus principales informantes. El joven estaba haciendo el servicio militar obligatorio en la Marina de Guerra cuando fue capturado. Lo habían designado como ayudante del Tigre Acosta en la ESMA. Una suerte de secretario privado dedicado a cuestiones serviciales: cebaba mate, lustraba zapatos y servía el café. Pero desde esa posición de rango menor tenía acceso a información calificada. Nadie hubiera imaginado que ese jovencito de pelo enrulado era un militante infiltrado por Montoneros.

Hasta que lo descubrieron.

Esa mañana ingresó en su turno y nunca más salió. A las pocas horas también secuestraron su padre Hugo, de 53 años; a su madre Blanca Edith

Edelberg, de 47 años; a su hermana Betina, de 18 años, y completaron la redada con su esposa Laura Del Luca. Todos permanecen desaparecidos.

En sus años de formación, Jupito había militado en la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) para luego pasar a la Juventud Universitaria Peronista (JUP) y terminar en la organización. Era parte de un grupo de militantes a los que llamaban “Los Colimbas” porque mientras cumplían con el servicio militar pasaban información estratégica para conocer los movimientos del enemigo.

Incluso, los primeros datos que Walsh recibió sobre las atrocidades que se cometían dentro de la ESMA fueron aportados y filtrados por Tarnopolsky. Gracias a toda esa información calificada se pudo armar el primer plano con el funcionamiento del centro clandestino.

Al mes de esa caída, otros dos secuestros generaron alarma.

Eran personas mucho más cercanas, con las que se compartía la militancia diaria.

Walsh sintió más que nunca que le pisaban los talones.

El 12 de agosto cayó Eduardo “El Negro” Suárez, uno de sus más estrechos colaboradores y con quien había iniciado el proyecto de ANCLA, la agencia clandestina de información de Montoneros. El Negro formaba parte del grupo fundacional junto a Lila Pastoriza, Lucila Pagliai y Carlos Aznárez.

Ese mismo día, también fue secuestrada su mujer, Patricia Villa, quien trabajaba como cadeta en Inter Press Service, otra agencia de noticias. Patricia estaba embarazada de tres meses y fue cargada en un auto por la patota que irrumpió en las oficinas de avenida Roque Sáenz Peña 1105.

Al Negro se lo llevaron de su domicilio.

Lo secuestraron buscando dar un golpe de efecto.

Al igual que cuando allanaron la improvisada redacción de ANCLA, donde

funcionaba el falso proyecto de la “Enciclopedia Integral Argentina”.

En definitiva, todos eran mensajes dirigidos a Walsh.

Cada vez estaban más cerca.

Al tiempo de comenzar con esta investigación logré darme cuenta de que sería imposible reconstruir el asesinato de Walsh sin antes recorrer en detalle cada una de estas muertes concatenadas. En el primer año del golpe su grupo de militancia fue arrasado por completo en forma sistemática.

Esa seguidilla de secuestros marcó el camino hacia el objetivo final.

A la caída de Tarnopolsky, del Negro Suárez y de su mujer, a los allanamientos de su casa en el Tigre y de la redacción de ANCLA, se sumaron las capturas de los militantes más cercanos a Walsh: Mariana y Pablo.

XI

NOMBRES QUE NUNCA SON NOMBRES

Mariana no se llamaba Mariana.

Ni Pablo se llamaba Pablo.

Así funcionaban las cosas.

Militancia clandestina.

Nombres falsos.

Contraseñas telefónicas.

Caídas de compañeros.

Temor en las calles.

Indiferencia social.

Para ellos Walsh no era Rodolfo Walsh sino El Tío Esteban o Basualdo, el responsable del grupo. Y la admiración por su trayectoria como escritor y periodista quedaba a un costado ante el compromiso político.

Todos eran combatientes y estaban dispuestos a dejar la vida por la organización. Tanto Mariana como Pablo se habían acostumbrado a esos nombres que complicaban las tareas de inteligencia a los militares.

Llevaban meses separados cuando fueron secuestrados. Pero no sólo los unía el compromiso político sino la crianza de su hija, Leticia, de apenas tres años. Pablo se había vuelto a enamorar de Flora Bagú, otra integrante de la organización conocida como Bibí.

Mariana era el nombre de guerra de Norma Batsche Valdés, guatemalteca, militante montonera y colaboradora de Walsh en el ámbito de militancia dedicado a investigar el funcionamiento del enemigo.

Pablo era Carlos Enrique Bayón, nacido en Bahía Blanca el 30 de julio de

1951. También formaba parte del grupo y alternaba su tarea realizando reportes que, luego, Walsh usaba para la agencia de noticias. Tenía una pluma excelsa y una destacada lucidez como analista político.

Pablo y Mariana formaban parte del Departamento de Inteligencia de Montoneros.

Los dos permanecen desaparecidos.

XII

UNA CITA

La nena dormía la siesta cuando Pablo fue a despertarla. Sentía que debía tenerla cerca. Arroparla. Estrujarla contra su pecho. Ya no podía contenerse a pesar de las advertencias de Flora que bregaba por el sueño liviano de Leticia, la hija de su compañero.

Leticia estaba sensible.

Así habían sido las últimas noches.

Noches eternas, de angustia y desvelo.

Flora insistió en que era necesario que la nena durmiera bien, de corrido, varias horas; pero Pablo no le hizo caso y avanzó igual. En definitiva, era su padre y él tomaba las decisiones. Ni bien puso una mano sobre la cuna de mimbre, la nena se sobresaltó y rompió en llanto.

Una semana atrás Leticia había quedado en medio de un tiroteo. Fue el 15 de diciembre de 1976. El día que secuestraron a Mariana, su madre, cerca de la plaza de Avellaneda cuando caminaba junto a otra militante que tenía un documento a nombre de Marta Delia García. Las dos se resistieron a los tiros cuando vieron llegar a la patota. La nena sobrevivió a la balacera.

Después del operativo, los militares la cargaron en un auto y, previo paso por la ESMA, se la entregaron a su tía Carmen en la casa familiar de Villa Domínico.

Ahí fue a recuperarla Pablo a los pocos días para llevarla al departamento de Capital Federal donde vivía con Flora y la hija de ella.

La nena vio a su padre del otro lado de la reja y corrió gritando.

—¡Papi, papi, viniste!

Ese reconocimiento inconfundible fue la clave para que la tía se diera cuenta de que, en efecto, se trataba del padre de la nena, del ex marido de su hermana. La familia de Mariana no lo conocía. Si bien sabía de su existencia, nunca lo habían visto en persona. Por eso habían surgido las dudas cuando sonó el timbre.

Parados en la vereda, Carmen y Pablo hablaron unos pocos minutos tratando de disimular. Sospechaban que la casa podía estar siendo vigilada. La noche anterior la patota que seguía los pasos de Walsh había allanado el lugar buscando a más militantes. Los amenazaron con armas, los golpearon y les dieron a entender que Mariana había aportado esa dirección para que su familia cuidara de la nena.

Pablo tenía una cita y quería llevarla. Juancho, un compañero de militancia, lo había convocado de urgencia en un bar sobre la avenida Córdoba. Cabía la posibilidad de que tuviera información de cómo había caído Mariana. Entonces, ni lo pensó.

Se vistió y, a pesar de las advertencias de Flora, fue a despertar a su hija para que fuera con él. Aun sabiendo que rompía el protocolo de seguridad decidió ir. La imagen de padre lo ayudaría a pasar desapercibido.

—¿Llevás algo? —preguntó Flora con la puerta del departamento abierta mientras esperaban la llegada del ascensor.

Leticia no paraba de llorar.

Pablo no contestó.

El gesto le hizo suponer a Flora que iría desprotegido a la cita.

Por eso, volvió sobre sus pasos buscando una campera que había dejado colgada a metros de la puerta. Se movió con la velocidad necesaria para ganarle al ascensor. Con dos dedos en pinza agarró de uno de los bolsillos lo

que había ido a buscar y con un saltito volvió a quedar cara a cara con Pablo.

—Llévate esto, no te vayas sin nada.

Pablo la miró. Abrió la mano y vio cómo Flora le apoyaba sobre la palma una pastilla de cianuro.

La cita era cerca, a unas diez cuadras.

Por eso, Pablo había prometido que regresaba pronto. Pero las horas pasaban y no había noticias de él. Flora comenzó a inquietarse. Sentada en el living, donde se había quedado esperándolo, presagió lo peor.

El departamento se oscureció.

Los códigos de seguridad de la organización indicaban que si alguien no regresaba de una cita a tiempo se debía activar un protocolo para no exponer a otros militantes.

Flora no supo qué hacer.

Estaba shockeada.

Cada ruido de ascensor le generaba la esperanza de un reencuentro.

A la mañana siguiente, ya no tuvo dudas. Algo extraño había ocurrido con Pablo y Leticia. En medio de la desesperación, decidió abandonar el departamento y enviarle un mensaje a su responsable. Llamó al número telefónico que tenía asignado y apeló a los mismos argumentos de siempre: “seguimos esperando los libros”, “hay un problema con la distribuidora de la editorial”, “el pedido está retrasado”.

Era una manera de comunicarse en clave.

La forma de prender una alarma hacia adentro de la organización.

Con el mensaje enviado tomó un colectivo hacia la Plaza Miserere.

Si el llamado había surtido efecto, en pocas horas llegarían a ayudarla.

Flora, con su hija en brazos, se ubicó en un lateral de la plaza. Quería tener

la mejor visual. Todas las miradas le resultaban sospechosas. Las horas pasaban y nada. Ante la duda comenzó a deambular sin destino. Por el tiempo transcurrido desde la última vez que había visto a Pablo y la ausencia de su responsable en la cita era evidente que las cosas no estaban bien.

Fue ahí cuando recordó que el día anterior a desaparecer Pablo le había hecho un encargo. Como él estaba escribiendo y no quería perder tiempo, le pidió que buscara un teléfono público y llamara al Tío Esteban a un número que usaban para compartir mensajes cifrados.

El Tío Esteban era el responsable de Pablo y el jefe de todo el grupo.

No era habitual un pedido así.

La información debía estar compartimentada, porque cualquier filtración ponía en jaque a todos.

—Vos sabés que esto no corresponde —le recordó.

Pablo ni la miró.

Flora insistió.

—Incluso vos sabés que yo no tengo buena memoria para los números, no voy a poder recordarlo.

Pablo rompió una parte de los papeles que tenía en su escritorio y se lo anotó.

—Después de llamar, rompelo y tiralo en un tacho —le sugirió.

Flora no tuvo otra alternativa.

A los pocos minutos estaba en la calle prendida a un teléfono público.

Al regresar, se dio cuenta de que se había olvidado de tirar el papelito que quedó en el bolsillo de su pantalón.

De todos esos detalles se acordó mientras caminaba pensando qué hacer. Si volvía al departamento a buscar el papelito podría tener una opción más de

contactarse con la organización.

Podría llamar, otra vez, al Tío Esteban y advertirlo de la ausencia de Pablo y Leticia.

Podría pedir que le dieran una casa segura y directivas para esconderse.

Tenía en claro que regresar al departamento significaba un riesgo, pero tampoco tenía muchas alternativas.

¿Cuántas horas más caminaría por la ciudad con su hija en brazos?

Con total imprudencia, volvió al departamento, buscó el papelito y llamó al número de teléfono para dejarle un mensaje en clave al Tío Esteban.

—Avísele al señor Basualdo que llamó la mujer del señor Pardo. Que necesito verlo en el restaurante donde habitualmente almuerzan con mi marido.

Sin saber si alguien recogería la información cortó y esperó un tanto aturdida.

Pablo y el Tío Esteban solían encontrarse en la sede social del club Municipalidad sobre la calle Paraguay. Elegían ese lugar porque tenía un restaurante muy poco concurrido en el piso 12, junto a una terraza desde donde se veía buena parte de la ciudad. Creían que era un sitio seguro.

A las dos horas de enviar el mensaje, Flora llegó con la esperanza de encontrarse con el Tío Esteban. Para ir a la terraza debía tomar un ascensor antiguo que esperó unos minutos con su beba en brazos.

Antes de cerrar la puerta tijera una mujer se apuró a entrar.

—Buenas tardes —dijo con una sonrisa.

—Buenas tardes —respondió Flora sin prestarle mucha atención.

También se dirigía al piso 12.

Flora lo supo porque la mujer miró el tablero luminoso y consintió con un

gesto. Y enseguida comenzó a hacerle morisquetas a la beba.

Fueron pocos segundos. Quince, quizás veinte.

Cuando el ascensor llegó a destino, Flora bajó rápido buscando el restaurante de la terraza. Pero la desazón fue automática. El lugar estaba prácticamente vacío. Sólo pudo ver dos mesas ocupadas y tres mozos conversando en la puerta de la cocina.

Otra vez se apuró a salir.

Al bajar, volvió a imaginarse lo peor.

No había rastros de Pablo.

Tampoco de Leticia.

Mariana llevaba una semana secuestrada.

Su responsable no se había hecho presente en la Plaza Miserere.

Y ahora tampoco había podido dar con el Tío Esteban.

Era 23 de diciembre de 1976. Ya había visto caer a muchos compañeros durante el primer año del golpe. Pero era la primera vez que la desesperación la invadía por completo. Tenía la sensación de que en pocas horas toda su vida de había derrumbado. Ya no sabía cómo seguir, con una beba en brazos y sin contacto con Montoneros.

Al salir por la puerta principal del club, Flora giró a la izquierda. El sol la encandiló a pesar de los enormes lentes oscuros que llevaba. Cuando logró focalizar vio de frente a la misma mujer, de cara fina y pelo enrulado, que se había cruzado en el ascensor. La aguardaba parada junto un hombre de camisa blanca con mangas cortas y pantalón beige.

Flora caminó unos pasos con sigilo.

La sombra de un árbol le permitió ver mejor.

Respiró aliviada.

Su llamado telefónico al número del papelito que Pablo le había dado surtió efecto.

El Tío Esteban había llegado.

XIII

MIRAR

Flora Bagú no supo en ese momento que el Tío Esteban era Rodolfo Walsh.

Tampoco que la mujer del ascensor, de cara fina y pelo enrulado, era Lilia Ferreira.

Lo supo unos años después, cuando vio su foto en el diario ilustrando una nota donde se reclamaba por la aparición con vida del escritor.

La imagen le dio la certeza.

Miró el apellido.

Miró la foto.

Y entendió todo.

Ese rostro.

Los anteojos.

El gesto de siempre.

Recién ahí pudo unir la cara con la verdadera identidad.

El Tío Esteban era Rodolfo Walsh.

Y la foto la hizo viajar en el tiempo para recordar las palabras que Pablo le había repetido hasta el hartazgo.

—Ya te vas a enterar algún día quién es el Tío Esteban. Vas a agarrar un libro, vas a ir a la contratapa o a la solapa y te vas a acordar de mí.

Cuando esto pasaba, ella sonreía en silencio sin prenderse en el juego del enigma. Jamás se hubiera animado a pedirle más detalles.

¿Para qué? ¿Qué sentido tenía?

Ella respetaba los protocolos de la información compartimentada. Cada cual con sus datos para no poner en riesgo al otro.

Aquella mañana, cuando reconoció el rostro de Walsh y pudo asociarlo con el Tío Esteban, entendió por qué Pablo había sido tan prudente. También advirtió que se había convertido en una testigo valiosa de los últimos días en la vida del periodista. Compartió junto a ese grupo de militancia los meses más violentos de las caídas asociadas, esa cacería que tuvo como objetivo final secuestrar a Walsh.

Tardó muchos años en poder dar su testimonio.

XIV

FLORA RECUERDA

A la hora indicada, en el día indicado, Flora atiende el teléfono con amabilidad en su casa de la Capital Federal. Pasaron 45 años y aún conserva en su memoria las heridas de aquellos tiempos de militancia. Jamás pudo reencontrarse con su pareja, Carlos Enrique Bayón, quien permanece desaparecido.

Incluso lo sigue llamando Pablo.

—Me sale en forma espontánea —reconoce.

Aquella tarde del 23 de diciembre de 1976, cuando Flora logró encontrarse con ese hombre cuya verdadera identidad desconocía, entendió que su vida estaba en peligro. Que era factible que pudiera terminar en manos del grupo de tareas de la ESMA, como había sucedido con Mariana y Pablo. Que estaba marcada, como lo estaban todos los integrantes del grupo. Y que la muerte ya era una cuestión del azar.

Rodolfo Walsh, el mismo que ella conocía como El Tío Esteban, había llegado a su encuentro exhibiendo la desesperación por el asedio de los militares. Por eso había acudido a buscarla junto a Lilia, porque sabía que, si la dejaba desprotegida deambulando por la ciudad y desenganchada de la organización, tarde o temprano caería en manos enemigas.

Walsh fue a salvarla. Y la salvó.

Flora suele tener poca memoria para las cosas triviales. Pero los detalles de aquellas horas turbulentas los recuerda con la minuciosidad de una arqueóloga.

Sus recuerdos son ordenados. Y ese orden sigue una línea cronológica.

La cita de Pablo.
El llanto de Leticia.
La pastilla de cianuro.
La oscuridad del departamento.
Las horas de desesperación.
El ruido del ascensor.
La huida junto a su hija.
El intento de encontrarse con su responsable.
La búsqueda del Tío Esteban.

Flora había sentido alivio al encontrarse de frente con Walsh en la puerta del club Municipalidad, pero también percibió la preocupación de quien se reconoce perseguido. La preocupación expresada en pequeños gestos, en la forma de caminar mirando cada dos segundos para atrás.

Walsh se movía por la ciudad con la certeza de quien se sabe acorralado. Por eso, no bien se encontraron con Flora aquella tarde, prefirió salir rápido de la zona.

—Caminamos una cuadra, y en cuanto nos alejamos Walsh paró un taxi, nos subimos los cuatro y nos fuimos.

Para esa época, ya era común realizar las citas en movimiento para entorpecer el seguimiento de los grupos de tareas. A veces funcionaba, otras veces no.

Walsh le indicó al taxista el destino y con una seña le pidió a Flora que no hablara durante el viaje. Ella se quedó en silencio observando el vértigo de la ciudad. Pensó en Pablo.

En su compromiso político.

En el día que se habían conocido militando en los pasillos derruidos de la

Villa Itatí junto al cura obrero José Tedeschi.

En el tiempo que había transcurrido desde su posible caída.

Era evidente que, si estaba secuestrado, había aguantado la tortura para cuidarla y darle tiempo a escapar.

A los pocos minutos, el taxi se detuvo en la esquina de Pueyrredón y Las Heras. Walsh hizo un movimiento con la cabeza para que ingresaran al bar El Blasón. Ocuparon una mesa alejada de los ventanales, pidieron tres cafés y trataron de mantener la calma. Walsh repasó los pocos datos que tenían. Los enumeró.

Pablo llevaba más de veinticuatro horas sin aparecer.

No sabían nada de Leticia.

La última cita había sido sobre avenida Córdoba con un tal Juancho.

Lo de Mariana era aún peor: ya había pasado una semana de su último rastro.

Tenían poco y nada, pero por el tiempo transcurrido era necesario activar el protocolo de seguridad para evitar más caídas.

Lilia estaba en silencio.

Rodolfo alterado.

Flora en shock.

—Tenía una alta estima por Pablo y Mariana. Imaginate que el día que se conoció la muerte de su hija Vicki, ellos tres estaban juntos. Era una relación de mucha confianza. Eran los militantes más cercanos a él.

Después de algunas preguntas de rigor, Walsh le aclaró a Flora que debía pedirle una misión sumamente arriesgada. Era importante que se hiciera rápido para no seguir exponiendo a más compañeros.

En voz baja, como si alguien pudiera estar escuchándolos, le indicó que se

dirigiera al departamento donde vivía con Pablo para sacar todo lo que podía comprometerlos. “Todo”, le recalcó terminante.

Era obvio que Walsh se refería a las armas, a los documentos de la organización, a los cuadernos con notaciones o cualquier otro elemento que sirviera para identificar al grupo.

Luego, propuso que Lilia se quedara cuidando a la hija de Flora. Más tarde pasaría la abuela a retirarla. Le dio plata para comprar dos bolsos en una marroquinería y se despidieron en la puerta del bar.

—Hice lo que tenía que hacer —recuerda Flora.

La segunda parte del plan consistía en cruzarse en la terminal de micros de Once para la entrega de los bolsos. “Si pasa algo extraño, o sentís que alguien te siguió durante el recorrido, cuando llegás a mi encuentro te subís y bajás los anteojos dos veces”, le sugirió Walsh. Era un código de seguridad que habían improvisado en el momento. Un código que Flora no tuvo que utilizar porque en su visita al departamento sólo se había cruzado en el hall de entrada con el encargado, al que saludó cordialmente como todos los días.

El silencio de la soledad del espacio que había compartido con su compañero fue atroz.

El miedo a un allanamiento la hizo actuar con premura.

En menos de veinte minutos sacó todo.

Puso las armas en uno de los bolsos y apiló los documentos en otro.

Sintió el peso cuando bajó del ascensor y encaró hacia la calle, pero sacó fuerzas de donde no tenía para subirse al taxi e ir al encuentro con Walsh.

La entrega se realizó sin inconvenientes y Flora se apuró a abandonar la zona.

Esa noche pudo esconderse en el departamento de una ex compañera de la carrera de Antropología. Era un sitio seguro, porque ella no tenía ninguna relación con Montoneros. Cada vez que intentaba cerrar los ojos le aparecían

la imagen de Pablo y el llanto de Leticia para evocar que había vivido las horas más complejas de su vida.

A los pocos días, después de pasar Navidad y reencontrarse con su hija, logró retomar el contacto con Sergio, su responsable dentro de la organización.

Necesitaba saber cómo seguir.

Qué pasos dar.

Dónde esconderse.

“Por orden del Tío Esteban, te vamos a guardar unos días en mi casa”, le ordenaron.

Flora aceptó y pidió unas horas para organizarse.

XV

OTROS INTERESES, OTRAS PRIORIDADES

Sergio, el responsable de Flora, no se llamaba Sergio.

Su nombre era José María. Su apellido, Salgado.

Era uno de los colaboradores más cercanos de Walsh.

Hijo del medio de cinco hermanos, dos mayores y dos menores, que le decían Pepe. Había nacido el 17 de enero de 1955 en una familia acomodada de Olivos. Se crió en un ámbito católico con un padre abogado y una madre docente en Ciencias que, por las tardes, también, daba clases de piano. Asistió a la escuela Jesús en el Huerto de los Olivos. El capellán Aníbal Coerezza solía repetirles a los padres que Pepe iba a ser cura. “No hay persona en el reino del Señor tan buena como él”, insistía.

En la adolescencia competía en las regatas de remo y disfrutaba de los campamentos de los boy scouts.

Solía emocionarse al recordar el acto de promesa que le dio ingreso a su grupo. Un bautismo iluminado por un fogón rodeado de carpas.

—Siempre listo —gritó con seguridad y percibió que su voz ya no era la de un niño. Aquel alarido solemne fue la llave de ingreso a la Gran Hermandad.

Fue, también, el comienzo de una nueva etapa en su vida.

Para entonces ya todos los amigos lo llamaban “Alcancía”, un particular apodo que surgió luego de chocar la cabeza contra un volquete mientras jugaba en la esquina de su casa. La herida fue tan profunda que la marca en el cuero cabelludo lo acompañó por siempre.

En el colegio se destacó por su alto rendimiento académico: era inteligente y verborágico. Hablaba sin parar a una velocidad que lo llevaba a

atragantarse con las palabras. Cuando terminó la secundaria, recibió la medalla al mejor alumno.

La vida adulta la inició con un viaje por el Norte del país, donde se enfrentó con situaciones que jamás había imaginado. Fue un celador de la secundaria, Alberto Romanelli, quien lo inspiró en ese rito de paso, en un viaje que lo marcó para siempre donde hizo su propio recorrido espiritual. Durmió en escuelas rurales, estaciones de trenes y conventos, recorrió pueblos empobrecidos, hizo nuevos amigos y conoció de cerca el dolor de un país desigual. El abismo con su realidad caló hondo.

A su regreso, se anotó en la carrera de Ingeniería Electrónica y comenzó a militar en la Juventud Universitaria Peronista.

Pepe había cambiado.

Tenía otros intereses.

Otras prioridades.

Cuando llegó el turno, optó por hacer el servicio militar obligatorio en la Policía Federal. El comisario mayor Alberto Torres —el mejor amigo de Jorge, su padre— fue quien le allanó el camino para no irse tan lejos de su casa. Para ese momento, la militancia estudiantil ya se había convertido en un compromiso tatuado a fuego.

Reuniones nocturnas.

Pintadas por la ciudad.

Trabajo de base en los barrios populares.

Nacía una nueva hermandad, pero esta vez política.

Una hermandad que lo llevó a compartir esos días con cientos de compañeros unidos por una misma causa: el sueño de una patria socialista.

El camino fue inevitable.

Llegaba un nuevo rito de paso.

Uno definitorio.

El último de su vida.

Mientras hacía la colimba y convivía con policías empezó a integrar las filas del Ejército Montonero. Y casi sin darse cuenta, se convirtió en un infiltrado. Era un policía montonero, o un montonero policía.

Y ya no hubo vuelta atrás.

En su casa nadie lo sabía. Ni siquiera lo intuían a pesar de que muchas veces le notaban actitudes extrañas. Solía encerrarse en su habitación o no participar de las cenas familiares. Estaba irascible, distante.

El primer indicio de alguna actividad clandestina lo tuvo una de sus hermanas. Fue una tarde, cuando entró a su habitación y, en un rincón, encontró un aparato que parecía una pequeña fotocopiadora. Se trataba de un mimeógrafo de alcohol que la organización le había dado. Primero se puso contenta, porque pensó que se evitaría largas colas en la facultad, luego no entendió qué hacía su hermano con un aparato así. No era habitual algo tan moderno e innovador en una casa de familia. Entonces, se puso a revolver su cuarto y dio con varios papeles con logos y membretes desconocidos.

Cuando su hermano regresó de la policía, esperó la oportunidad para interrogarlo.

A Pepe se le transfiguró la cara.

Abrió los ojos.

Frunció el ceño.

Y no supo cómo reaccionar.

—No te metas nunca más con mis cosas —se defendió balbuceando para terminar con el asunto.

A esa altura, ya era un experto falsificador de documentos. Manipulaba tintas de distintos colores, sellos apócrifos y toda la información que obtenía

en la policía la ponía al servicio de la organización. Con pasaportes confeccionados por él, muchos militantes lograron salir del país hacia el exilio.

Luego de un año sin sobresaltos en la colimba, decidió no pedir la baja. Si bien era un trámite habitual para la época, la decisión ya no era suya sino parte de una estrategia combatiente, de una misión especial que le habían asignado. Debía conservar su credencial para tener acceso a determinados lugares, uno de los cuales era la Superintendencia de Coordinación Federal, donde ingresó el 2 de julio de 1976. A las 13.20, el edificio explotó por una bomba vietnamita escondida en el comedor de la sede policial. Fueron nueve kilos de trotyl los que hicieron volar la estructura como parte de un plan de Montoneros para afectar su capacidad operativa.

La versión de su participación en el hecho comenzó a divulgarse entre los militantes de base. Cada vez que entraba a una reunión notaba que sus compañeros lo miraban de una manera especial. Se sentía observado, pero al mismo tiempo reconocido. Después de la bomba, ya no volvió a ser el mismo.

A las pocas semanas recibió la orden de guardarse por un tiempo. Dejó de frecuentar los lugares habituales y espació las reuniones políticas. La organización le asignó una casa segura en el sur del conurbano bonaerense.

Salgado pasó a ser un vecino más de Lanús.

Rodolfo Walsh era el único autorizado a visitarlo.

XVI

ANTEOJOS DE SOL

Salgado cobijó a Flora Bagú durante una semana en su casa por orden de Walsh. Habían pasado más de cinco meses del atentado en Coordinación y menos de una semana de aquel encuentro con el Tío Esteban. No podían dejarla desprotegida en el peor momento. Siguiendo los protocolos de seguridad que la organización exigía, la trasladaron hasta el lugar. La información sobre las casas seguras donde vivían los militantes debía manejarse bajo estricto secreto.

Sergio esperó a Flora en una esquina de la ciudad. Llegó solo con su Renault 4, la invitó a subir y le vendó los ojos con un trapo blanco.

—Ponete anteojos de sol por si nos para un control policial —le recomendó y la llevó tabicada hasta Lanús.

Flora entró al lugar de la mano de Salgado. La anteojera le impedía moverse por sus propios medios. Incluso, tuvo que recorrer el pasillo palpando las paredes para poder orientarse. Recién cuando puso un pie en el living, se liberó de la venda. Tardó unos segundos en recuperar la visión, en focalizar. Lo primero que logró ver fueron unas sillas Thonet que meses antes le había prestado a su responsable. Aún conservaban su color original: verde manzana. Se emocionó en silencio. Las sillas le recordaron la vida plena que había tenido hasta hacía muy poco tiempo.

Meses.

Semanas.

Enseguida sobrevoló, otra vez, el recuerdo de su compañero.

Flora lloraba todos los días por la desaparición de Pablo. Algunas veces

lograba distraerse mirando la parra tupida que vestía el patio del PH antiguo. En la parte delantera, Salgado había montado un pequeño local de venta y reparación de electrodomésticos. Una fachada para no despertar sospechas entre los vecinos.

Llevaba meses viviendo ahí junto a Coca, su mujer.

Su nombre real era Mirta Castro y estaba embarazada de seis meses.

A Walsh le pareció necesario proteger a Flora para evitar una nueva caída. Pero necesitaba tranquilizarla para que recordara los detalles previos a la desaparición de Pablo. La organización le exigía saber qué había pasado.

¿Con quién se había comunicado en los últimos días?

¿Quién lo había citado en esa esquina de la avenida Córdoba?

Cada tarde, durante esa misma semana, Walsh se hizo presente en la casa de Salgado con un cuaderno en la mano para realizar una exhaustiva reconstrucción.

Dato por dato.

Nombre por nombre.

No quería dejar ningún cabo suelto que pudiera seguir exponiéndolos.

Flora respondió cada una de las preguntas con precisión. También aportó un listado de las propiedades que usaban por esos días y que suponía podían estar marcadas por los marinos: un PH en Quilmes, un departamento en Once y la vivienda del barrio de Balvanera.

A la semana, Walsh le indicó a Flora que buscara la manera de resguardarse lejos de Buenos Aires. No era conveniente que siguiera vinculada con la organización.

Otra vez la sacaron tabicada de la casa de Salgado en Lanús. La llevaron a la estación Constitución y se aseguraron de que consiguiera un pasaje de micro hacia la Costa Atlántica.

Flora se refugió por varios meses en una casa en la zona sur de Mar del

Plata.

Nunca más volvió a ver a José María Salgado.

Tampoco a ese hombre que conoció como el Tío Esteban y años después supo que se trataba de Rodolfo Walsh.

XVII

LA CACERÍA

En los primeros días de 1977, la situación se había tornado insostenible. Las Fuerzas Armadas ya tenían un organigrama del funcionamiento interno de las estructuras de Montoneros, habían logrado descular el sistema de “pies telefónicos” y tenían las comunicaciones intervenidas.

Todo eso agilizó el circuito represivo.

La cacería se hizo aún más intensa y efectiva.

Walsh alternaba su vida entre las reuniones de los distintos ámbitos que la organización le había asignado: Fuerzas Armadas, Policía Federal y ANCLA.

No había margen para cometer errores. La redacción donde funcionaba la agencia de noticias había sido desmantelada luego de que les volaran la puerta con explosivos para iniciar un allanamiento. La patota de la ESMA hizo inteligencia sobre el lugar durante varios días. A partir de ese momento, se repartieron los documentos internos, el archivo, las máquinas de escribir, el scanner para escuchar a la policía y siguieron operando como pudieron. Las reuniones comenzaron a ser en movimiento, mientras caminaban o en alguna plaza de la ciudad. También usaban las casas de los compañeros que aún no estaban fichados. La tarea de la agencia se vio afectada, pero jamás dejaron de producir información que incomodara a la dictadura. Ese verano publicaron más de once cables denunciando el secuestro y asesinato periódico de militantes políticos.

El 11 de febrero de 1977, otra caída vinculada con la agencia alertó a Walsh. Fue el secuestro de Miguel Luis Coronatto Paz, un abogado de 39 años que se destacaba por su inteligencia, su lucidez política y una apreciable

formación cultural. Estaba en pareja con Diana Iris García, una psicóloga recibida en La Plata que también militaba en Montoneros. Miguel escribía obras de teatro, pasión que había heredado de su padre, guionista en la radio de Luis Sandrini. Manejaba información calificada del funcionamiento de las Fuerzas Armadas, por eso se había convertido en un activo colaborador de ANCLA mientras militaba en la Columna Norte de la organización.

Coronatto fue a una cita envenenada y se encontró con un operativo militar. Antes de morir les había expresado su decisión a varios compañeros. No estaba dispuesto a caer en manos del enemigo porque tenía en claro lo que estaba sucediendo en los centros clandestinos.

Cuando se vio cercado, ni lo dudó.

La decisión ya había sido meditada: tomó la pastilla de cianuro y terminó con su vida.

ANCLA había perdido en agosto a uno de sus fundadores, Eduardo “El Negro” Suárez, también a su mujer, Patricia Villa, y ahora caía uno de los colaboradores más respetados y queridos.

El golpe anímico fue difícil de sortear.

Era necesario replegarse para evitar más caídas.

XVIII

UN BAR

La panza se puso dura cuando bajó el último escalón. No era la primera vez que Mirta tenía esa extraña sensación en el cuerpo cuando volvía de colgar la ropa en la terraza del PH. El médico de la organización le había advertido que no se asustara: eran contracciones. Y ella, lejos de asustarse, se emocionaba al sentir cómo crecía el bebé en su vientre.

Llevaban meses escondidos intentando acostumbrarse a una nueva vida. Desde noviembre de 1976 que estaban en Lanús, más específicamente en Remedios de Escalada. Lejos de sus familias, de sus amigos y de su grupo de militancia. Sólo volvían a los lugares de siempre cada tres semanas y cumpliendo con creces las medidas de seguridad.

De vez en cuando recibían la visita del Tío Esteban, que traía noticias y algunos encargos puntuales. Todavía Pepe falsificaba pasaportes que se usaban para sacar del país a los militantes que emprendían la aventura del exilio. Incluso habían convivido durante una semana con Flora para evitar una nueva caída. El grupo estaba prácticamente desarticulado.

Las campanadas de la iglesia volvieron a sonar, como cada hora. Mirta las escuchó mientras se tomaba la parte baja de la panza. Ya estaba en la cocina ordenando la alacena. Esa era la parte del cuerpo donde más sentía los movimientos del bebé. Primero, eran golpecitos suaves, después fricciones más sostenidas. Ella decía que el bebé hacía fuerza con las piernas como quien puja por salir de un lugar de encierro.

—Quiere adelantarse como vos, Pepe, que fuiste prematuro —bromeaba mientras miraba cómo la panza se ondulaba en cada empujoncito.

Eran las cuatro de la tarde. Salgado seguía entelando las paredes del cuarto que le habían asignado a la criatura. Era 12 de marzo de 1977 y faltaban tres meses para que naciera Matías José.

Mirta lo convenció para salir unos minutos a caminar. Quizás de esa manera lograría relajarse. El médico también le había aconsejado que moviera las piernas para evitar la acumulación de líquidos. Las últimas semanas se había sentido muy hinchada, sobre todo en la zona de los tobillos.

Dar vueltas por el barrio no era una gran distracción, pero muchas veces le servía como excusa para cumplir con uno de sus antojos predilectos: un sándwich de milanesa gigante como una zapatilla.

Mirta y Pepe vivían a metros del Parque Municipal Juan Piñeiro, un predio que marca el límite entre Lanús y Lomas de Zamora. Solían atravesarlo buscando más opciones comerciales en las inmediaciones del cementerio. Ahí podían hacer las compras en algún almacén de cercanía, conseguir el diario y reencontrarse con el bullicio que les recordaba la vida que habían tenido en la ciudad.

Caminando a paso lento, Mirta le pidió a Pepe que pasaran por el bar. El sándwich de milanesa le gustaba particularmente por el condimento que le ponían: mayonesa mezclada con salsa criolla.

En la puerta Salgado la notó agitada por la caminata y le propuso sentarse en una de las mesas. Si bien ya habían almorzado, el antojo no podía esperar.

El lugar estaba vacío.

Se ubicaron cerca de la barra.

Pepe de espalda a los ventanales, Mirta de frente.

Como aquella mañana la habían destinado a los trabajos hogareños, ninguno de los dos había cumplido con la rutina de leer los diarios. Era necesario estar informados sobre lo que pasaba en el país por cualquier indicación que recibieran del Tío Esteban. Tampoco habían abierto el local de

venta y reparación de electrodomésticos que les servía para sustentarse más allá del dinero que recibían de Montoneros.

—Voy a comprar los diarios, espero que quede alguno de la mañana — propuso Pepe.

Mirta no contestó, pero lo siguió con la mirada hasta la puerta. Supuso que cruzaría al kiosco de enfrente, al otro lado de la calle, donde siempre los compraban.

El chillido de los neumáticos de un auto la sorprendió. No sólo a ella.

Los mozos del bar también se sobresaltaron con la frenada brusca de un Ford Falcon.

Salgado volvió sobre sus pasos con un movimiento tosco, pero ya estaba acorralado. Mirta alcanzó a ver la escena desde su posición y decidió no moverse. Cualquier reacción hubiera despertado sospechas.

Tres hombres se tiraron encima de Pepe. Uno era fornido y retacón, el otro flaco y pálido. El tercero, de estatura mediana y pelo engominado. Dos de ellos lo agarraron por la espalda y a la fuerza lo metieron en la parte trasera del vehículo en el preciso instante en que a Mirta le traían el sándwich de milanesa.

XIX

LA VOZ DE PEPE

A las dos horas del secuestro, el teléfono sonó en el chalet donde vivía la familia de José María Salgado. Caía la noche en Olivos. Luisa, una de sus hermanas, corrió atender la llamada.

—Pasame rápido con mamá —dijo Pepe, acelerado como siempre.

En el último tiempo no era habitual que usara esa vía para contactarse. A su hermana le pareció extraño porque desde que se había ido a vivir a Lanús sólo lo veían esporádicamente en algunas visitas relámpago. De hecho, el domingo anterior habían compartido un almuerzo familiar donde le regalaron cortinas y ropa de cama para su casa. Todas cosidas a mano por ellas.

La madre de Pepe, Josefina Gandolfi, había salido a hacer las compras. Por eso, Pepe cortó sin despedirse cuando Luisa se lo anunció.

A la media hora, con la madre ya de regreso, el teléfono volvió a sonar.

—Estoy detenido en Coordinación Federal, mamá —escuchó Josefina y quedó perpleja.

La voz de Pepe, entre sollozos, se escuchaba quebrada.

La madre dudó. Por un instante pensó que se trataba de una broma de mal gusto. Incluso se animó a decírselo con firmeza.

—Pepe, Dios mío, no me hagas un chiste tan feo.

En el momento en que Josefina hubiera esperado que una carcajada terminara con el asunto, sólo escuchó silencio. La voz de su hijo desapareció, pero era evidente que alguien del otro lado seguía con la llamada. Lo supo por una respiración apenas audible.

—Pepe, Pepe querido, ¿estás ahí? —preguntó ya convencida de que no se

trataba de una broma.

El silencio se quebró con la aparición de una nueva voz.

—Señora, su hijo está detenido por subversivo. Soy el comisario Serra. Necesitamos que nos entreguen toda la documentación que esconden en su casa. Pongan en una caja la agenda, los libros y todos los papeles que tengan de él.

Josefina se quedó con el tubo en la mano y la mirada perdida. No sabía qué estaba pasando. No entendía cómo las cosas habían llegado tan lejos. Sabían poco y nada de la militancia de Pepe, pero jamás se hubieran imaginado que podía terminar preso y acusado de subversivo.

La comunicación se cortó en forma abrupta.

Josefina llamó a los gritos al resto de la familia. Se reunieron en la cocina. Jorge, el padre de Salgado, salió corriendo en busca de su amigo Alberto Torres, el comisario mayor que había hecho entrar a Pepe en la Policía Federal para realizar la colimba. Quizás conocía a ese tal Serra o podría comunicarse con alguien para averiguar qué estaba sucediendo.

Pasaron dos horas entre el llamado que había atendido Josefina y un nuevo contacto. Esta vez, cuando el teléfono sonó, fue el comisario Torres quien se hizo pasar por el padre de Salgado. En silencio, con el tubo en la oreja y con las palmas de la mano hacia abajo, pidió tranquilidad. Los secuestradores insistieron con que pretendían retirar todos los documentos personales de Salgado.

Antes de cortar volvieron a pedir por la madre.

Otra vez apareció la voz resquebrajada de Pepe.

—Mamá, ¡ayúdame, por favor! ¡Si supieras cómo estoy!

Josefina escuchó a su hijo por última vez.

XX

¿QUIÉN ERA SALGADO?

Salgado es una incógnita.

Es la pieza clave que no encaja en este rompecabezas que posiblemente nunca se logre completar. Desde que comencé esta investigación llevo un cuaderno aparte con apuntes sobre su vida. Son anotaciones desordenadas, con información que fue apareciendo en las distintas entrevistas.

No mucha gente lo conoció.

No muchos sobrevivientes quisieron hablar de él.

Algunos, incluso, hasta se permitieron reconocer que no pueden.

Tengo a Salgado en su adolescencia creciendo feliz en una familia de clase media acomodada, lo tengo saliendo del secundario con una formación católica y una profunda admiración por el Che; luego aparecen algunos datos de su ingreso a la militancia estudiantil en la Facultad de Ingeniería, alguien se animó a confirmarme que compartió con él una reunión política de Montoneros previa al golpe de 1976; pero en los peores meses de ese año, su rastro empieza a desdibujarse y la reconstrucción de esos días pasa a ser una misión imposible.

Por alguna situación que no logro explicarme, ese cuaderno con datos de Salgado no está anexado a los documentos centrales de mi reconstrucción sobre el asesinato de Rodolfo Walsh. Incluso no lo está físicamente. El cuaderno nunca fue a parar a las tres cajas de cartón donde guardo recortes de diarios y fojas de expedientes judiciales sobre la desaparición del periodista.

Como si se tratara de un personaje de otro relato, aunque no lo es.

La construcción de su figura dentro de Montoneros lo expone a un silencio atronador y lo convierte en un militante cuya historia emerge como prohibida. Hay un relato ajeno que lo demoniza, otro propio que lo esconde condenándolo a una opacidad inquietante.

La vida de Salgado fue corta.

El secuestro y su posterior asesinato llegaron cuando tenía veintidós años.

No fue el único.

En rigor, la vida de muchos militantes terminó de manera temprana. Los ribetes misteriosos se conjugan con su compromiso político al pensarlo dentro de un contexto donde la violencia formaba parte del repertorio cotidiano.

Se moría y se mataba invocando ideales políticos.

Salgado estaba enrolado en un movimiento revolucionario que había pasado a la clandestinidad. Y dentro de esa organización política, dedicó sus días a tareas de espionaje e inteligencia. Es decir, la clandestinidad dentro de la clandestinidad.

Quizás por eso su rastro se presenta tan borroso.

El comienzo de su relación con Walsh también subyace entre versiones difusas. Hay testimonios que afirman que el vínculo habría nacido luego de una charla del periodista en la Facultad de Ingeniería, donde Salgado estudiaba y militaba.

Pero no hay ningún registro oficial de que ese evento haya existido.

Otros mencionan a una persona como nexos: el comisario mayor Alberto Torres, el mismo policía amigo del padre de Salgado que lo hizo ingresar a la colimba y que intentó una intermediación con los marinos cuando Pepe fue secuestrado por el grupo de tareas 3.3/2. “Ese hombre fue quien los presentó porque tenía una relación histórica con Walsh. Era una de sus fuentes dentro

de la policía”, afirma Lucila Pagliai, compañera de militancia de Walsh y una de las fundadoras del proyecto ANCLA.

En efecto, Torres fue un comisario particular. En su juventud, antes de enrolarse en la fuerza, simpatizó con la Alianza Libertadora Nacionalista, un espacio de derecha con fuerte presencia de jóvenes combativos y un espíritu antiimperialista extremo. Un territorio ideológico explorado por Walsh en los años 40.

¿Habrá nacido allí esa relación que luego sirvió de enlace entre Walsh y el joven Salgado?

Torres terminó sus días en la policía sin poder escalar al rango máximo de comisario general. Un anhelo personal por el que hubiera dado la vida. Llegó a ser director de Vigilancia Preventiva. Pero su carrera fue interrumpida cuando se negó a reprimir una manifestación de estudiantes que marchaban por la avenida Corrientes. Torres ya estaba en la mira del temible comisario Alberto Villar desde el día en que cobijó dentro de un auto a la viuda del diputado asesinado Rodolfo Ortega Peña. Fue durante el entierro del legislador, en 1974, en el cementerio de la Chacarita. Cuando la policía comenzó a perseguir a los manifestantes que despedían sus restos, el comisario protegió a la viuda de los disparos policiales. Ese acto fue el comienzo del fin de su carrera.

El hijo de Torres, Pablo Agustín, no se anima a confirmar que haya sido su padre quien hizo de lazo entre Salgado y Walsh. Tampoco lo descarta: “No es descabellado pensar que mi padre los haya presentado. Él era muy reservado con este tipo de informaciones”.

Durante los años de militancia, la relación fue creciendo. Se hizo cada vez más estrecha, de mayor confianza y compañerismo a pesar de las diferencias generacionales. Walsh duplicaba en edad a Salgado. El vínculo terminó de sellarse a fuego tras el paso a la clandestinidad de Montoneros.

A partir de ahí se hicieron inseparables.

Flora Bagú, quien compartió ese ámbito de militancia y las semanas finales de este grupo, afirma que “Salgado era muy cercano a Walsh” y da cuenta del nivel de respeto y empatía que sentían por la figura del periodista: “Él estaba por arriba de Salgado, es decir era su responsable, pero más allá de su jerarquía había una relación de paternidad entre ellos y un reconocimiento muy marcado hacia su liderazgo”.

Sabemos que Salgado ingresó a Montoneros no bien dejó su lugar en la Juventud Universitaria Peronista. Un paso repetido por cientos de militantes. Si bien siempre ocupó un rol en el área de Inteligencia, no está claro su recorrido dentro de la organización.

Su rastro se pierde luego del atentado en el comedor de Coordinación Federal. El estruendo provocado por la bomba en esa dependencia policial también confinó a Salgado a un asilamiento obligado y definitivo. Pasaron nueve meses entre ese hecho y su posterior secuestro y asesinato. En esos nueve meses, se casó, su mujer quedó embarazada y, sobre el final, se decidió reubicarlos en una casa segura en la localidad de Remedios de Escala, partido de Lanús.

No hay mucho más.

Sobre el atentado, también se escribió una historia confusa replicada hasta el hartazgo en libros y expedientes judiciales. Todas las versiones coincidieron en mencionar a Salgado como el hombre que llevó la bomba, pero no hay un marco de referencia que ayude a profundizar los detalles.

¿Quién se atrevería a precisar esa información?

Nadie.

Incluso muchos sobrevivientes rehúyen de aportar mayores elementos. Como si se tratara de una historia que prefieren olvidar.

Roberto Cirilo Perdía, miembro de la Conducción Nacional de

Montoneros, recuerda el hecho con distancia: “Desconozco los detalles de la planificación de ese operativo, pero efectivamente llevó nuestra firma, nosotros nos hicimos cargo enseguida”. A pesar del reconocimiento, en su momento Montoneros no publicó los detalles en la revista *Evita Montonera* como solía hacer. Sólo se difundió un parte de guerra en tinta roja tipiado a máquina. “Sí, sí, esto es nuestro”, afirma Perdía mientras le exhibo una copia del panfleto en su oficina del centro porteño.

El 24 de julio de 1976, Montoneros organizó una conferencia de prensa para mostrar a periodistas extranjeros la historia de Ana María “Anita” González, la militante que puso una bomba debajo de la cama del jefe de la Policía Federal, Cesáreo Cardozo.

Fue la primera vez que alguien se refirió al atentado en el comedor de Coordinación Federal. En este contexto, Horacio “Lauchón” Mendizábal, secretario militar y comandante del Ejército Montonero, se refirió al hecho. El periodista Francisco Cereceo de la revista española *Cambio 16* registró cada palabra en su grabador: “La potente bomba que destrozó el comedor de la Superintendencia de Seguridad Federal, fue introducida en el edificio por un compañero que estaba infiltrado y que había entrado durante una semana con un paquete similar pero inofensivo, como prueba. Cuando vimos que todo andaba bien, se largó la operación, que también sirvió para demostrar la alta moral y serenidad de nuestros combatientes porque el compañero que accionó el explosivo estuvo almorzando allí y se retiró siete minutos antes del lugar. Era un comedor en el cual todos se trataban con seudónimo. Nunca se escuchaba un apellido. Andaban con anteojos oscuros, es decir, existía una situación de secreto muy grande allí”.

¿El compañero infiltrado al que se refería Mendizábal era Salgado?

¿Cuál era el vínculo entre Salgado y Walsh al momento del atentado?

Son otros interrogantes sobre el que también se escribieron versiones

fantasiosas.

La primera vez que se avanzó sobre este asunto fue en 1985, tras la publicación de un libro. Fue en noviembre de ese año, a un mes de la sentencia en el Juicio a las Juntas, cuando irrumpió en las librerías la primera edición de *Confesiones de un montonero* de un abogado y periodista llamado Eugenio Benjamín Méndez. El documento se presentó como una “audaz investigación periodística” sobre el “impresionante testimonio de un oficial montonero”.

En efecto, el libro se basó en un supuesto reportaje a un militante apodado Quique que, según Méndez, fue quien lo ayudó a “destruir mitos y rumores, y sacar a relucir nombres desconocidos de personas que sembraron el horror y la muerte por más de una década”. En la página 159, Méndez sostiene que Walsh participó en la planificación del atentado. El texto, redactado en tono de parte policial, aparece como un pie de página acompañando un relato central de estilo novelesco carente de rigor periodístico. Méndez dice: “Tuvo una reunión con su responsable, el oficial Esteban (Rodolfo Walsh), que lo había infiltrado en la Policía Federal para dar información. Deciden colocar la bomba el 4/6/76. Se posterga porque en la Policía lo dan de baja. Esteban le indica que no devuelva la chapa. Ingresaba a la Superintendencia con paquetes tentativos. No lo controlan. Considera que el comedor es el lugar apropiado. La bomba se la entrega Esteban, y el Monra le indica cómo hacerla detonar, que va a tener 20 minutos para escapar. El 2/7/76 ingresa y la coloca, cubriéndola con su sobretodo. Se retira. Cambia de vehículo en Loria y Rivadavia, encontrándose con Esteban que le manifiesta: ‘El operativo salió perfecto’”.

¿De dónde sacó todos estos datos Méndez?

El oficial montonero apodado Quique se llama Carlos Muñoz. Es un sobreviviente de la ESMA y, si bien confirma que le dio un breve testimonio

a Méndez en 1982, me aclaró que sus palabras fueron usadas para “crear un clima de época en la previa del juicio a los comandantes e inventar una fábula que tenía como objetivo profundizar la teoría de los dos demonios”.

Méndez cita como fuente de su investigación una causa judicial cuya carátula sería “Desaparición y muerte del exagente José María Salgado”. Y cierra el apartado diciendo “Ver causa Juzgado Federal N 3”.

En el juzgado mencionado, hoy a cargo del juez federal Daniel Rafecas, niegan la existencia del expediente.

¿Pero, entonces, cuál fue el verdadero objetivo de publicar esos datos?

¿Quién es Eugenio Méndez?

En la contratapa del libro, Méndez se presenta como nacido en Tafí Viejo, provincia de Tucumán. Refiere que estudió abogacía en la Universidad de Buenos Aires y periodismo en el Círculo de la Prensa. Asegura que cumplió funciones en el diario *Crónica*, en Canal 9 y en las revistas *Tía Vicenta*, *La Semana*, *Gente* y *Libre*. Cierra su escueta biografía diciendo que fue corresponsal en Tucumán durante el Operativo Independencia, aunque no especifica para qué medio trabajaba durante los sucesos de 1975.

Previamente, en 1984, había publicado un primer trabajo periodístico titulado *Almirante Lacoste: ¿Quién mató al general Actis?* El material, que favorece al Ejército en la feroz interna con la Marina en la previa del Mundial de 1978, fue presentado ante la Fiscalía de Investigaciones Administrativas y sirvió para iniciar un proceso judicial contra Lacoste.

Esa práctica, la de publicar versiones plasmadas en libros como punta de lanza de causas penales, se mantiene hasta estos días. Es el motivo por el cual cientos de sobrevivientes prefieren no brindar un testimonio periodístico condenando sus memorias al peligroso camino del olvido.

En 2003, con la teoría inicial ya instalada, se impulsó una causa para reabrir la investigación por el atentado en Coordinación con la intención de

llevar a juicio a varios integrantes de Montoneros entre los que se encontraba Walsh. En ese expediente se lo acusaba puntualmente de ser el autor intelectual del crimen. La prueba central de la acusación: el libro de Eugenio Méndez. Pese a los intentos, la causa no prosperó en ninguna instancia. El 28 de diciembre de 2006, la jueza María Romilda Servini sobreseyó a los imputados por el paso del tiempo y por considerar que no se trataba de un delito de lesa humanidad. La Sala I de la Cámara Nacional de Casación Penal fue en el mismo sentido.

El final de la vida de Salgado es quizás el misterio más desolador. Se sabe poco y nada de aquel operativo del grupo de tareas que lo secuestró ante la mirada de su esposa, Mirta Castro, embarazada de seis meses. Coca, como la llamaban en su ámbito de militancia, partió al exilio al poco tiempo, nunca más quiso volver a hablar del tema y murió en 2011 en un accidente de tránsito en Grecia.

La vida de Salgado quedó unida para siempre con la de Walsh. Los dos debían encontrarse aquel mediodía del 25 de marzo de 1977, pero Pepe llevaba más de diez días secuestrado en la ESMA. Aquella cita terminó convirtiéndose en una emboscada fatal, en la trampa que finalizó con la vida del escritor.

En la reconstrucción del asesinato de Walsh, Salgado aparece participando involuntariamente en el acto final. Era la última persona con la que tenía que encontrarse el periodista, pero no la única.

XXI

UNA MUJER

El día de la emboscada final, Rodolfo Walsh tenía que conocer a una mujer. La cita le generaba ansiedad y expectativa. Por eso le había contado algunos detalles a Lilia, a pesar de ser estrictamente riguroso con la información. Estaba claro que no era una reunión más. Que era un encuentro que lo trasladaba a otra dimensión, que le permitía viajar hacia sus sentimientos más profundos y recorrer, una vez más, el sufrimiento que experimentaba desde el día que le anunciaron la muerte de su hija María Victoria, Vicki. De alguna forma, encontrarse con esa mujer era también encontrarse con su propio dolor.

Sabía poco de su vida, aunque no ignoraba el calvario que atravesaba por esos meses. Ella también sufría por la pérdida de un ser querido. El asesinato de su marido la había confinado a un abandono peligroso. Desde finales de septiembre de 1976, andaba boyando por la ciudad sin dinero, con dos criaturas y desenganchada de Montoneros.

En cualquier momento la secuestraban.

Walsh supo los detalles de esa historia por Pepe Salgado.

Pepe Salgado supo los detalles de esa historia porque Walsh le había encomendado que investigara a esa mujer. No era lógico encontrarse con alguien si previamente no sabía bien de quién se trataba. Para cumplir con el pedido, Salgado hizo lo que mejor sabía: la espió. Durante varios días la esperó a la salida de su casa, observó las reuniones que tenía, siguió sus movimientos para asegurarse de que no estuviera marcada y confirmó que se trataba de una mujer desesperada que intentaba eludir las pinzas de los

retenes militares. Un día, caminando por Ayacucho, en pleno centro de la ciudad, se le acercó, le explicó quién era y le propuso armar una cita para conocer a Walsh.

En rigor, todo había comenzado con una carta. La mujer se había acercado previamente a Walsh. Fue en febrero de 1977 cuando le envió un mensaje de auxilio que incluía un pedido desesperado: un salvoconducto para fugarse hacia Brasil.

El exilio no sólo funcionaba como un camino de supervivencia, sino que también era una manera de dejar atrás los fantasmas de las caídas, las pérdidas irreversibles y el miedo a ser confinado a un centro clandestino.

Walsh leyó la carta, se conmovió con el relato, le pidió a Salgado que investigara el tema y le prometió a Lilia que, si la Conducción Nacional no se encargaba del asunto, él mismo resguardaría a esa familia, ofreciéndole un espacio en la casita de San Vicente.

No la iba a dejar tirada.

Antes de conocerla quiso saber más sobre María Cristina Bustos Ledesma.

Salgado evacuó todas sus dudas.

Lucía o La flaca, así la llamaban en su grupo. Era tucumana, abogada, y su militancia había comenzado en el peronismo revolucionario. Walsh supo que había llegado a Montoneros desde el Peronismo de Base.

Era menuda, de contextura pequeña y sus ojos grandes combinaban con el negro azabache de su pelo lacio. Salgado le había contado a Walsh todo sobre su historia política, incluido su desarrollo como empleada del Ministerio de Trabajo de su provincia, donde había participado como abogada de los derechos de los trabajadores de los ingenios azucareros. En la justicia de Tucumán la tenían catalogada como una profesional brillante. La respetaban

por el compromiso que mostraba en cada una de sus intervenciones judiciales. También participaba como defensora en varios expedientes de presos políticos. Uno de ellos, el de su propio compañero.

María Cristina conoció a José Carlos Coronel mientras estudiaban abogacía en la Universidad Nacional de Tucumán. Fue amor a primera vista. Si bien los dos estaban en pareja, los encuentros se hicieron cada vez más apasionados hasta que decidieron emprender una vida juntos y nunca más se separaron.

El Negro, como lo conocían sus amigos, había nacido en 1944 en Jujuy, en el seno de una familia de ferroviarios. En su juventud se destacó como dirigente estudiantil y después comenzó una carrera política que terminó en Montoneros.

Pero antes de entrar en la organización tuvo un paso en falso.

El 20 de agosto de 1971 fue detenido en Rosario, en una casa operativa donde escondían explosivos. La policía llegó al lugar investigando la voladura con dinamita de las instalaciones del aristocrático Golf Club de esa ciudad, ubicado en el barrio Fisherton. El atentado llevó la firma del Comando Argentino Revolucionario Popular y fue la manera de anunciar públicamente la integración de este grupo a las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR).

Cuando la policía descubrió dónde se escondían, no tuvieron alternativa. Con el lugar rodeado se entregaron sin resistencia. Coronel mostró documentos falsos a nombre de Juan Ignacio Amaya e intentó convencer a la policía de que, en verdad, era un estudiante que estaba de paso por la ciudad.

Nadie le creyó la coartada.

Fue a parar a un calabozo.

A las pocas horas María Cristina, enterada de la caída, se presentó en la causa como su abogada defensora.

El Negro quedó preso por dos años hasta que fue liberado el 25 de mayo de 1973, con la amnistía de Cámpora. Cuando recuperó la libertad, ya el camino estaba escrito: saltó de las FAR a Montoneros. En poco tiempo escaló hasta convertirse en un hombre clave de la secretaría política. Era el enlace con el mundo sindical hasta el 29 de septiembre de 1976, cuando fue acribillado en el operativo de la calle Corro, donde también murió Vicki, la hija de Walsh.

Por ese motivo María Cristina lo había buscado con desesperación, porque intuía que Walsh era la única persona que podía entender lo que ella estaba viviendo.

Por eso la carta.

Por eso el pedido de ayuda para fugarse a Brasil.

Quiso el destino que las tragedias familiares de María Cristina y Walsh se cruzaran en ese operativo liderado por el coronel Roberto Roualdes donde, también, fueron asesinados Alberto Molinas Benuzzi, Ismael Salame e Ignacio Bertrán, todos integrantes del secretariado de Montoneros.

María Cristina andaba sin dinero y escondida en la casa de una tía con sus dos hijas cuando acudió a Walsh. Primero había intentado informar su situación a la Conducción Nacional, pero le dieron la espalda.

Nadie la llamó.

Nadie la contactó.

Sabía que su secuestro era cuestión de tiempo.

Walsh vio en esos temores sus propios fantasmas.

Quiso conocerla.

XXII

“TUVE QUE SALIR”

María Cristina Bustos Ledesma de Coronel no asistió a la cita con Walsh. Nunca llegó al lugar pactado. Llevaba once días secuestrada por un grupo de tareas de la ESMA.

Los detalles de su caída no están claros.

Más bien son confusos.

No hay testigos.

No hay reconstrucción.

El tiempo transcurrido hizo lo suyo.

Las manos asesinas, también.

Hay dos elementos que me acercaron algunas certezas: el comienzo y el final de su caída. Tengo en claro que el 14 de marzo de 1977 María Cristina estaba con vida. Ese día, en forma repentina y por algún motivo que aún se desconoce, abandonó el departamento de su tía Berta, donde se escondía desde la muerte de su esposo.

Posiblemente haya salido a una reunión importante, pero es difícil precisarlo. Eso sucedió en horas de la tarde, apenas pasado el mediodía. Si la secuencia de su secuestro fuera una película, solamente podríamos disponer de elementos para contar el comienzo de la historia. El final se deduce solo.

Los pocos datos que recuperé son imprecisos.

Aunque todos enlazados ayudan a entender un poco más.

María Cristina salió del departamento de la tía en Ayacucho 950. Estaba

viviendo ahí porque suponía que ese lugar no estaba marcado. No salió sola. Lo hizo junto a su hija Lucía, de diez meses. Con ella llevaba un bolso con pañales, una mamadera preparada, una toalla diminuta y una nota escrita a máquina.

Lo de la nota era algo que había meditado mucho, que le costaba digerir.

Escribir esas líneas era una manera de presagiar lo peor.

Era asumir que existía la posibilidad de caer en manos enemigas y que sus hijas fueran apropiadas por militares.

Aunque quisiera exorcizar esos fantasmas, no podía engañarse.

Hacía semanas que sentía que le pisaban los talones.

Por eso buscaba escaparse a Brasil.

Por eso había acudido a Walsh.

La nota la llevaba cada vez que salía, cada vez que suponía que podía estar en peligro. Eran unas pocas líneas que incluían datos filiatorios e indicaciones de qué hacer con sus hijas en el caso de caer en manos enemigas. La nota la llevaba siempre a mano, lista para ser arrojada en la calle si era abordada por la patota. Algunos militantes solían gritar sus nombres o el de algún familiar cuando eran llevados a la rastra durante un operativo. Era una manera de visibilizar una detención ilegal. María Cristina había elegido otra forma y muchas veces repasaba en su cabeza de qué manera actuaría en un momento así.

En la casa de la tía Berta, María Cristina dejó sola a su otra hija: María, de dos años. Berta también había salido para hacer algunas compras y, como nunca se ausentaba por un tiempo prolongado, no le pareció arriesgado dejarla durmiendo. Siguiendo con el ritual de las notas, también escribió una para Berta.

El texto tenía tres palabras: “Tuve que salir”.

Sin más detalle.

Sin más explicación.

La dirección que tomó María Cristina es otra incógnita.

Pudo haberse dirigido hacia Marcelo T. de Alvear o, quizás, caminar con destino a la esquina de Paraguay.

No hay testigos.

No hay reconstrucción.

El horario de salida fue por la tarde. Eso sí se pudo precisar. El dato lo aportó la tía Berta al establecer una ventana horaria aproximada porque al regresar a su casa María Cristina ya no estaba. Incluso, se sorprendió al ver que la beba dormía sola en el moisés.

Del final no hace falta ampliar mucho más. Hay testimonios que refieren haber visto a María Cristina dentro de la ESMA. No son muchos los que pudieron aportar información. También los detalles de su paso por el centro clandestino son vagos.

Después de varias horas, al ver que no regresaba, la tía Berta encendió la alarma familiar. Se contactó con Roberto Joaquín Coronel, el cuñado de María Cristina. El Gato, como lo conocían en su grupo de militancia, se desesperó cuando recibió la noticia. Entendió que era una pésima señal que La Flaca estuviera varias horas sin reportarse. Tras la muerte de su hermano sabía que estaba latente la posibilidad de que cualquiera de ellos cayera en manos del grupo de tareas. Él también llevaba meses escondido moviéndose para evitar ser secuestrado.

Roberto decidió comunicarse con sus padres en Jujuy para informales lo que estaba sucediendo en Buenos Aires. Cuantas más personas supieran, mejor.

Carlos Ángel Coronel y Francisca Consalvo de Coronel se subieron al primer avión, a las pocas horas llegaron a Buenos Aires, se instalaron en el Hotel Savoy y comenzaron a peregrinar por la ciudad para encontrarlas con

vida.

En la búsqueda, se les ocurrió presentarse en el Hospital Pedro Elizalde. Cuando llegaron a Casa Cuna explicaron que buscaban a una beba perdida, dieron su nombre, su apellido y esperaron un buen rato en la puerta del lugar. La sorpresa los conmovió. A los pocos minutos, un grupo de médicos y enfermeras los rodearon para contenerlos mientras le daban la buena noticia. A Lucía la habían dejado abandonada en la guardia con una nota escrita a máquina que decía: “Esta niña Lucía Coronel de 10 meses de edad, hija de José Carlos Coronel fallecido en un enfrentamiento en la calle Corro de Villa Luro el 29 de septiembre pasado y de María Cristina Bustos de Coronel, está actualmente sin sus padres, les ruego hacer llegar a la criatura a sus familiares”.

La nota no llevaba firma, pero sí los datos manuscritos de los abuelos.

El hallazgo de la beba era también la confirmación del secuestro de la madre.

El director del hospital ya había iniciado una denuncia en la comisaría de la zona. Los policías le habían dado intervención a un juez de menores. Por eso, a los abuelos les costó llevarse a la beba esa misma tarde. Por más de que sus nombres estuvieran escritos en la nota, no les resultaba fácil probar el parentesco. Recién cuatro días después lograron hacerlo.

Al igual que su mamá, Lucía también pasó por la ESMA. Estuvo secuestrada unas cuantas horas hasta que los marinos decidieron separarlas. Fue desde ahí que la trasladaron hasta el hospital para dejarla junto a esa nota que María Cristina había redactado para ahuyentar los fantasmas de un secuestro que finalmente sucedió.

XXIII

REUNIÓN

En ese contexto de caídas asociadas, Walsh le había propuesto a la Conducción Nacional realizar una reforma en el Área Federal de la organización. La idea principal pasaba por reducir la estructura centralizada que condenaba a los militantes a una peligrosa verticalidad. Hacía meses que venía analizando la idea de una mayor autonomía operativa para las distintas columnas. Necesitaban empezar a cuidarse de otra manera frente a un enemigo que sentía cada vez más eficaz su maquinaria asesina. Walsh lo estaba viviendo en carne propia. El grupo que reportaba al ámbito de Inteligencia había sido arrasado, y en ANCLA ya se habían registrado tres bajas, además de la destrucción de una de sus redacciones.

La única manera de sobrevivir era modificando el sistema de financiamiento y la distribución de las armas. El mismo reclamo había iniciado, unos meses antes, la Columna Norte de la organización.

Dinero y armas. Eso pedían para enfrentar el peor momento.

La Conducción no aceptó el reclamo. El movimiento implicaba una pérdida de poder real y no estaban dispuestos a demostrar debilidad. Para ese entonces, los jefes estaban aislados de la militancia y habían perdido conocimiento territorial. No había dudas de que era el momento de desalojar las casas operativas y reorganizar los lugares vacantes que dejaban los militantes secuestrados y asesinados.

Incluso, un documento interno elaborado por la Secretaría Militar de la organización expuso el impacto que significaba la seguidilla de caídas que se vivían desde mediados de 1976. “Las comunicaciones están penetradas por la

inteligencia enemiga. Seguimos utilizando doctrinas y sistemas que tienen varios años y que el enemigo conoce totalmente”, advertía el informe que, también, recomendaba que el “área de Inteligencia convocara a una comisión especial para elaborar un sistema diferente y más seguro del que veníamos usando”.

Walsh agudizó su crítica con una propuesta para redefinir la política de resistencia frente al asedio militar. Fueron cinco documentos elaborados durante seis semanas en el momento más crítico mientras muchos de sus compañeros eran secuestrados.

El primero estuvo fechado el 26 de noviembre de 1976.

El último, el 6 de enero de 1977.

La respuesta de la Conducción Nacional fue pobre. En febrero de ese año redactaron a desgano una circular interna donde aseguraban que el reclamo iba a ser tenido en cuenta y debatido. Pero las soluciones no llegaron nunca.

En esos meses, Montoneros había resuelto el traslado al exterior de los jefes. Walsh no estaba en desacuerdo puntualmente con esa decisión, siempre y cuando la Conducción comprendiera el reclamo que estaba formulando. No había dudas de que la caída de alguno de los líderes simbolizaría una imagen pública de derrota que no estaban en condiciones de conceder.

Pero también era necesaria la reubicación de los cuadros que estaban en peligro: los jefes de los frentes de masas y algunas figuras históricas. Por eso, Walsh sostenía que la preservación de las fuerzas populares era fundamental para esperar una nueva posibilidad de apostar al poder. De eso se trataba el repliegue estratégico que proponía como salida para evitar una sangría que parecía imparable. Con este fin, la organización debía comprometerse a aportar viviendas seguras, documentación confiable y trabajos que sirvieran como fachada para que los cuadros que estaban marcados pudieran iniciar una nueva vida. Todo eso significaba un gasto importante que la Conducción

no estaba dispuesta a afrontar.

—No somos un banco, somos una organización revolucionaria — sostenían.

El primero en irse del país fue Mario Eduardo Firmenich, después lo hizo el resto. Entre los planes previstos para esas semanas también estaba la idea de sacar al exterior al propio Walsh. La Conducción planeaba el lanzamiento en Roma del Movimiento Peronista Montonero y consideraban que la presencia de un intelectual tan destacado podía darles una mayor trascendencia.

Todos los intentos de contactarlo para realizar el viaje se frustraron.

Walsh jamás se fue del país.

XXIV

PLANES

María Cristina y Salgado fueron los señuelos involuntarios para atrapar con vida a Rodolfo Walsh.

A los marinos no les servía muerto.

Lo consideraban un trofeo.

Un emblema.

Un símbolo.

Los dos fueron usados para romper el cerco de seguridad que el escritor había levantado para resguardarse. Un cerco que lo había confinado a vivir a metros del agua en un repliegue tan estratégico como necesario. Un repliegue que intentaba transmitir hacia adentro de la organización; un movimiento inteligente para evitar la masacre y elegir el mejor momento para resurgir como una opción de poder frente a los militares.

Walsh también sabía que los marinos lo querían con vida. Y todos esos fantasmas los desplegaba en esas interminables charlas que tenía con Lilia antes de apagar las luces a querosene que iluminaban las noches de San Vicente.

Hasta le había dado un mandato a Lilia. De eso hablaron durante el último verano. “Si me llegara a pasar algo, vos tenés que sobrevivir. Esa es tu obligación. Sobrevivir”, le dijo para luego recordarle que si caía en manos enemigas debía recurrir a su amigo Horacio Verbitsky.

“Él te va a saber cuidar”, le agregó con seguridad.

María Cristina y Salgado fueron torturados sin límite de tiempo.

Los vejaron en el interrogatorio para arrancarles información.

Salgado había caído el 12 de marzo de 1977.

María Cristina, dos días después.

Ambos en manos del mismo grupo de tareas: el 3.3/2 de la ESMA.

Durante el cautiverio, los marinos comenzaron a diseñar un plan perfecto: unieron cabos, intervinieron teléfonos, hicieron seguimientos y esperaron pacientemente el momento indicado para actuar. Cuando se convencieron de que estaban cerca, armaron una cita falsa que los llevó directo al objetivo.

María Cristina y Salgado eran las dos personas con las que Walsh debía encontrarse el 25 de marzo de 1977. Pero no las únicas.

Nunca se supo cuál iba a ser el mensaje que René “El Turco” Haidar le quería entregar a Walsh el día de la emboscada final. Lo que sí está claro es que, para ese momento, era uno de los pocos integrantes de la organización que salía y entraba del país por pasos clandestinos. Salía y entraba como un correo fundamental para transmitirles a los cuadros montoneros las directivas de la Conducción Nacional recluida en el exterior. Ese era su rol.

Haidar tuvo un papel destacado en las FAR y participó en 1972 de la fuga de la cárcel de máxima peligrosidad de Rawson. Ese hecho lo llevó a ser uno de los sobrevivientes de la masacre de Trelew. Luego de salvar su vida permaneció detenido hasta la amnistía presidencial de 1973.

El 18 de diciembre de 1982 cayó en manos de un grupo de tareas en el ocaso de la dictadura. Había regresado al país en forma provisoria para terminar de organizar su vuelta definitiva. Al momento de su secuestro, Haidar estaba a cargo de lo que quedaba de la estructura de Inteligencia de Montoneros, un rol similar al que había desplegado Walsh antes de su desaparición.

Durante el cautiverio, los militares lo obligaron a iniciar un contacto

telefónico con Fernando “El Vasco” Vaca Narvaja, que aún permanecía en el exilio. Por el tono de la conversación y algunas palabras en clave, el líder montonero advirtió que el Turco estaba en poder de los militares y que lo obligaban a gestar una nueva trampa. Aun así, estiró el contacto durante varias semanas dilatando un posible encuentro en Buenos Aires para mantenerlo vivo. El grupo de tareas buscaba que Vaca Narvaja regresara al país para capturarlo. Mientras tanto, otros integrantes de la organización realizaban gestiones con organismos de derechos humanos.

De un día para el otro, el contacto se cortó y nunca más tuvieron noticias de Haidar. Sólo supieron que había permanecido cautivo en un departamento de la avenida Independencia.

Su final fue un misterio.

También sigue siendo un enigma el motivo que lo llevó a convocar a Walsh a una cita que jamás sucedió.

Rodolfo Walsh era un muy buen jugador de ajedrez y yo era una principiante, entonces nuestras partidas eran siempre malas: él se aburría y yo me fastidiaba porque perdía. Un día apareció con un juego llamado Go, conocido también como el ajedrez chino. En este juego no hay ni reyes, ni reinas, ni torres, ni alfiles, ni caballos, ni peones; son infinidad de fichas negras y blancas. Venía con las instrucciones y me propuso que aprendiéramos juntos, para poder tener partidas más equilibradas. Cada pieza el oponente la pierde cuando es rodeada por las piezas del contrario. En el primer tramo del juego generalmente yo le comía varias piezas, pero cada una de estas jugadas suponía varios movimientos, porque para que una pieza fuera comida había que cercarla con distintos movimientos. Pero mientras yo me ocupaba de cercar las piezas, Rodolfo desperdigaba las suyas sobre todo el tablero. El resultado era que él siempre ganaba. Entonces se puso a analizar por qué yo perdía tantas partidas. Y llegó a la conclusión de que yo me focalizaba sólo en ganar esas piezas y perdía de vista el tablero, que era la dimensión estratégica del juego. Y creo que la política de exterminio de la dictadura militar perdió de vista la dimensión estratégica del período histórico. Y esa dimensión estratégica de las reservas morales de gran parte de esta sociedad (incluso gran parte de esta sociedad que apoyó el golpe de Estado) no pudo, ni puede, ni podrá aceptar que se arroje gente viva desde los aviones, la apropiación de bebés nacidos en cautiverio y el asesinato de sus madres, la tortura sin límite en el tiempo, los fusilamientos sin juicio, la desaparición forzada de miles de personas e instituciones de las Fuerzas

Armadas de la Nación, como en este caso la ESMA, fueran convertidas en centros clandestinos de detención, tortura y exterminio. Creo, señores jueces, que por todo eso estamos aquí.

TESTIMONIO JUDICIAL DE LILIA FERREIRA - MEGACAUSA ESMA

XXV

ALLANAMIENTO

A Lilia le impactó el silencio. Eso fue lo primero que sintió cuando el auto en el que viajaba aminoró la marcha para aproximarse a la casa de San Vicente. Ella iba al volante del AMI 8 verde. Conocía la zona. Sabía por dónde llegar esquivando los controles de la policía.

Era 26 de marzo de 1977. Había llegado a su casa acompañada de Patricia, la hija de Rodolfo, del marido de ella, Jorge Pinedo, y de los hijos del matrimonio: María Eva de tres años y Mariano Esteban de diecisiete días.

Cuando frenó tuvo una sensación extraña en el cuerpo. Muchos años después, en el exilio, descubrió que ese cosquilleo que le recorrió las piernas y llegó hasta el cuello había sido el silencio.

En eso reparó, en el silencio que, incluso, se acrecentó cuando apagó el motor del auto.

Los eucaliptos estaban quietos. No se movían como solían hacerlo, empujados por el viento y bamboleándose de un lado hacia el otro. Al estar estáticos, como paralizados, no generaban el silbido que muchas tardes acompañaba la siesta.

Tampoco escuchó las voces de los chicos que gritaban jugando a la pelota en medio de la calle.

Por eso a Lilia le impactó el silencio.

La tranquera estaba abierta.

Miró hacia el cielo, pero no tan arriba sino a la línea que se dibujaba entre el celeste del cielo y el marrón del techo de la casa. Miró hacia arriba buscando humo. El humo del asado que se suponía debía estar haciendo

Walsh ese mediodía.

Volvió a mirar y nada.

Y otra vez la sensación extraña. Otra vez el cosquilleo.

—¡No bajen, quédense en el auto! —gritó.

Su paso acelerado levantó un poco de tierra.

Lilia miró al fondo del terreno buscando el Fiat 600 de su padre, pero el auto no estaba. Lo cual era aún más inquietante porque Walsh no sabía manejar. Caminó unos pasos más, y otra vez se detuvo por el silencio.

La casa no tenía las ventanas.

Tampoco la puerta principal.

Pensó en una tormenta, pero no había llovido en las últimas horas. Por lo menos no en la Capital, donde ella había pasado la noche.

Las paredes de adobe pintadas de blanco estaban marcadas. Desde afuera no se lograba ver con nitidez. Parecían rasguños gigantes, por eso Lilia especuló con un animal, pero era descabellado por el tamaño de las marcas. Las paredes se hallaban destruidas. Avanzó un poco más hasta acercarse al alambrado perimetral. Recién ahí pudo descubrir el significado de las marcas.

La casa había sido ametrallada.

Esa fue la primera señal de que algo grave había sucedido.

No había rastros de Walsh.

Lilia reaccionó rápido, pero al volver sobre sus pasos se topó de frente con Jorge, que llegaba a su encuentro.

Con un grito seco no lo dejó avanzar.

—¡Vamos! ¡Vamos! Salgamos de acá, vinieron a buscarnos.

Jorge aceleró el paso, volvió al AMI 8, tomó el volante y lo puso en marcha para escapar. Patricia, que nunca había bajado del auto, torció el cuerpo y se puso en posición fetal para esconderse en el piso de la parte trasera. Con un bolso, donde llevaban algo de comida para acompañar el

asado, cubrió a sus dos hijos convencida de que alguien podía dispararles.

Lilia quedó atónita con la última imagen. El inodoro estaba tirado en medio del jardín, a metros de la huerta donde habían plantado unos almácigos de lechuga.

No hubo tiempo para indicaciones, por eso Pinedo aceleró por Triunvirato. La calle no tenía salida. Cuando advirtió que se estaba encerrando se desesperó.

Recién ahí llegó el grito de Lilia.

—¡Es para el otro lado, Jorge! ¡Por esta no salimos!

Jorge torció el rumbo con un volantazo y cruzó a campo traviesa un baldío minado de yuyos y malezas.

En pocos segundos, encontraron una calle que los sacó del infierno.

Hacía media hora que se había ido la patota.

Lilia llevaba casi un día sin saber nada de Walsh.

Con el auto a toda velocidad escaparon invadidos por la certeza que sólo el silencio puede provocar.

XXVI

MÁS OPERATIVOS

Unas horas antes de la huida, Victoriano Matute se despertó con el caño del fusil apoyado en la frente. Cuando abrió los ojos, adormilado, no pudo reaccionar frente a esos hombres uniformados que le gritaban sin compasión.

—¡Vestite rápido y llevanos a la casa que le vendiste a Freire!

Los oficiales del grupo de tareas llegaron hasta el lugar porque encontraron la dirección de Victoriano en el boleto de compraventa que Walsh había guardado en el maletín. El mismo maletín que había quedado tirado en el piso a metros del cuerpo, en el lugar donde lo asesinaron.

Las casas del barrio no estaban bien numeradas, por eso se les dificultaba saber cuál era la de Walsh. Llegaron con la expectativa de encontrarse con otros militantes escondidos.

Eso creían.

Eso fantaseaban.

Por eso diseñaron un nuevo operativo con camiones del ejército.

Por eso sorprendieron a los vecinos en medio de la madrugada.

Matute había sido el intermediario entre Walsh y las antiguas propietarias de la casa que buscaban: María Esther Vázquez de González y Alicia González de Arrechea. Sus datos estaban en el documento que sirvió para cerrar la operación inmobiliaria. También figuraba el nombre de Norberto Pedro Freire, otra falsa identidad que Walsh usaba por esos días. El mismo apellido que ya había utilizado en los momentos cruciales de la investigación periodística para *Operación Masacre*.

En los papeles, Walsh era Freire.

En el barrio, todos lo conocían como el profesor Beto.

Victoriano se puso en marcha a los empujones. Apenas pudo ponerse un pullover arriba del pijama. Caminó unas cuadras custodiado y señaló hacia donde quedaba la casa de Walsh, pero no fue preciso con el gesto.

Sólo levantó la mano y balbuceó.

—Es por ahí señor, es por ahí, pero no me maten.

La oscuridad generó la primera confusión de la noche. Ni bien Victoriano identificó el lugar, los uniformados rodearon la zona y allanaron una casa equivocada.

Eran las cuatro de la mañana.

XXVII

OTROS EXTREMISTAS

Yolanda Mastruzzo dormía cuando escuchó los primeros gritos.

—¡Salgan con las manos en alto porque disparamos!

Pensó que estaba en medio de una de las tantas pesadillas que en las últimas noches le interrumpían el sueño en su nueva casa. Todavía no se acostumbraba al barrio. Los ruidos le eran ajenos, los vecinos parcos y las noches oscuras. Llevaba veinte días viviendo en el lugar junto a su marido y sus tres hijos. A decir verdad, tampoco se acostumbraba al país. Todavía extrañaba Calabria, la tierra donde había nacido en 1934.

El alarido venía de la puerta principal. La luz de una linterna apareció por una de las ventanas y empezó a recorrer todo el cuarto. Yolanda agarró la suya y también alumbró hacia esas sombras que se recortaban sobre el vidrio.

Entonces, el grito se repitió con más fuerza.

—¡Salgan con las manos en alto porque disparamos!

Su marido, encandilado, también se sobresaltó con el juego de luces. El ruido despertó a los chicos, que dormían en otra habitación. Aterrados, se escondieron debajo de una de las camas.

Yolanda se vistió y abrió la puerta.

—¡Buscamos a una pareja de extremistas! —gritó uno de los soldados, que llevaba boina negra.

Para Yolanda era imposible comprender el significado de la palabra “extremista”. Todavía mezclaba su italiano de origen con algo del castellano. Con esa dificultad, y la voz temblorosa, pudo explicarles que ellos no eran una pareja sino un matrimonio con tres hijos que recién se habían mudado al

barrio.

Los uniformados no le creyeron. La corrieron de la puerta y se metieron en la casa buscando militantes montoneros que suponían escondidos. Cuando llegaron a la habitación de los hijos de Yolanda uno de los soldados buscó la tecla para prender la luz. A ciegas, recorrió la pared con la mano. Debajo de la cama uno de los chicos, que espiaba en penumbras la escena, se animó.

—Señor, no hay perillas de luz en esta casa porque en el barrio no hay electricidad.

Era obvio que la patota no era de la zona porque desconocía una de las principales características del barrio El Fortín. Los militares advirtieron que se habían equivocado y que esa familia no tenía nada que ver con lo que buscaban.

—¿Conoce algún matrimonio que viva en el barrio? —indagó de mala manera uno de los soldados que salía frustrado del interior de la casa.

—Detrás del cerco viven el profesor Beto y su esposa —respondió Yolanda.

—¡Qué profesor ni profesor, señora! ¡Son extremistas! —insistió el soldado de boina convencido de que finalmente habían ubicado el objetivo.

El jefe del operativo ordenó que acercaran un camión del ejército que llevaba conectado un reflector gigante.

Necesitaban ver en la oscuridad.

La luz se prendió.

La noche se hizo blanca.

Una palmera gigante apareció entre las sombras.

También una ligustrina desprolija que ayudaba a tapar el frente de la casa.

Lo primero que hicieron fue tirar una bomba que retumbó en todo el barrio. El sonido se escuchó a varios kilómetros. La onda expansiva rompió los vidrios y desenganchó las ventanas. Todas las casas de la manzana

temblaron como si estuvieran en medio de un terremoto.

Con el camino allanado, se prepararon para entrar.

Empezaron forzando la tranquera. Luego, la puerta principal. El humo del explosivo atravesado por la luz incandescente del reflector generó una neblina espesa.

La visibilidad se redujo.

La noche se hizo gris.

Sobre todo, para los soldados que estaban en la primera línea.

Una vez adentro ametrallaron las paredes de arriba hacia abajo como quien busca dejar su firma tatuada a fuego. Los integrantes del grupo de tareas 3.3/2 observaban los movimientos a pocos metros.

Con la casa destruida acercaron otro camión, lo estacionaron de culata y comenzaron con el saqueo.

XXVIII

ARCHIVOS

Durante la mañana del 26 de marzo, los camiones que participaron de la destrucción de la casa de Walsh en San Vicente llegaron al Casino de Oficiales de la ESMA. En una maniobra sincronizada descargaron todo lo que habían robado en el operativo. Bajaron la heladera, la cocina, la cama, las mesitas de luz, las latas de conserva y hasta una bolsa con rollos de papel higiénico.

El botín fue a parar al Pañol, donde solían acopiar los objetos y la ropa cada vez que desvalijaban la casa de un militante. Con la documentación y los papeles de Walsh tuvieron otro comportamiento. La decisión fue catalogarlos siguiendo un criterio castrense para que el equipo de Inteligencia los analizara.

Finalmente, los escondieron dentro del laberinto de la ESMA.

En la casa habían encontrado cuentos inéditos, cartas personales, informes internos de Montoneros y material de archivo.

Miguel Ángel Lauletta, detenido en el centro clandestino, vio cómo separaban un scanner con el que Walsh solía escuchar los movimientos de la policía. En ese mismo lugar, apilaban ficheros entre los que reconoció una carpeta con borradores de escritos sobre el bombardeo a la Plaza de Mayo en 1955. Con los años, Lilia explicó que esos textos tenían como destino un cuento cuyo título provisorio era “El aviador y la bomba”. Los textos habían sido guardados en una carpeta junto a una nota titulada *2-0-12 No vuelve*, referida a quienes habían sido los aviadores navales.

A partir de ahí, los documentos empezaron a recorrer distintos sectores del

centro clandestino. Pasaron de mano en mano.

Susana Ramus, otra detenida, se encontró con una mesa repleta de papeles en el sector conocido como El Dorado. Los oficiales a cargo le aseguraron que eran escritos de Walsh y la obligaron a ordenarlos en cajas para ser archivados.

Entre el material robado, entre otros, estaban los cuentos bocetados “El 27”, un relato que tiene a su padre Esteban como protagonista; “Ñancahuanzú”, sobre su admiración por la Revolución Cubana, y “Carta al Coronel Roualdes”, un escrito dirigido al militar que encabezó el operativo donde murió su hija Vicki. También robaron dos carpetas con textos periodísticos y personales identificadas con etiquetas que decían *Las Memorias* y *Los Caballos*. Además, se llevaron fotos familiares, una agenda sin usar y la libreta de enrolamiento.

A Lila Pastoriza, compañera de Walsh en ANCLA, no le fue fácil reconocer los documentos que vio. También detenida en la ESMA, se topó con varios papeles en una biblioteca de La Pecera, la oficina donde sometían a los detenidos a trabajo esclavo intelectual. Ella no tuvo en sus manos los cuentos robados, pero sí los textos críticos hacia Montoneros y algunas cartas como la que Walsh le había dedicado a Vicki tras su muerte en el operativo de la calle Corro. Fue en una visita familiar controlada por los marinos que Lila se animó a sacar del centro clandestino ese documento histórico. Años después, se lo entregaría a Lilia como una prueba fundamental del paso de Walsh por la ESMA.

La carta estaba escrita a máquina con tinta roja. Lilia confirmó que la cinta de color negro se había terminado al momento en que Walsh redactó ese texto.

A los pocos días del saqueo de San Vicente, Martín Gras, el mismo que había sido testigo del ingreso del cuerpo baleado de Walsh a la ESMA,

también encontró en un depósito del Sótano, a metros de la oficina del oficial de inteligencia Antonio Pernías, la “Carta a Vicki” y una colección del diario de la CGT de los Argentinos. Supo enseguida que eran papeles robados en el allanamiento, por eso se propuso grabar en su memoria todo lo que podía observar con la esperanza de sobrevivir y brindar su testimonio.

Y así fue.

XXIX

RASTROS

Sentado en el piso del Sótano, Martín Gras se animó a leer los papeles que fue sacando de un trastero desvencijado. Entre esos documentos, pudo leer el cuento “Juan se iba por el río”, considerado el último texto de ficción de Walsh.

Los marinos lo habían robado en San Vicente, pero lo tenían bien escondido dentro de la ESMA.

Gras pudo determinar que no se trataba de una copia carbónica, sino del original. El cuento empezaba así: “Juan Antonio lo llamó su madre. Duda era su apellido. Su mejor amigo, Ansina, y su mujer, Teresa”.

En 1982, ya liberado del centro clandestino, Martín se encontró con Lilia en Madrid y pudieron reconstruir buena parte de una trama cuyo personaje central había sido definido por Walsh como el argentino derrotado del siglo XIX, previo a la época de las grandes oleadas inmigratorias.

Lilia había escuchado el relato un sinfín de veces. Incluso la noche previa al asesinato le había ayudado a pasar el borrador final a máquina. Por eso se emocionó hasta las lágrimas cuando Martín empezó con el relato: “Juan Antonio lo llamó su madre. Duda era su apellido”. Lilia lo dejó recorrer las primeras palabras en silencio, para luego sumarse y recitar a dúo la parte que faltaba de ese comienzo: “Su mejor amigo, Ansina, y su mujer, Teresa”. Los dos se miraron y tuvieron la certeza de que eran los únicos lectores del cuento.

La historia giraba alrededor de un hombre de pueblo que había dejado de ser gaucho para convertirse en criollo y que había disputado distintas batallas.

Gras encontró ese texto una tarde que fue citado por Pernías a su oficina. Lo leyó cuantas veces pudo y lo memorizó.

Su memoria y el testimonio de Lilia permitieron armar un rompecabezas incompleto de ese relato. Una reconstrucción imperfecta.

Escena 1: Juan está sentado en un banquito contemplando el río. Al mirar el agua también se anima a evocar su pasado, a recorrer una vida que lentamente se va apagando.

Escena 2: Junto a su amigo, el negro Ansina, recuerdan batallas que nunca sintieron propias. La reminiscencia al pasado los lleva a la noche previa a Cepeda, cuando los formaron sólo para escuchar la arenga del general Mitre. “Vamos a combatir por la patria”, gritó el militar. Entonces, Ansina lo mira a Juan y le dice: “En la patria de ellos, yo me cago”.

Escena 3: Es un día lluvioso. Juan se obnubila al ver pasar la cureña con los restos del general San Martín retornando a su patria treinta años después de su muerte en 1850. Juan observa y se emociona.

Escena 4: La tormenta ya pasó. El cielo está despejado. Juan alcanza a ver, al otro lado de la orilla, las casas blancas de la Colonia y empieza a planificar un deseo incontenible. El deseo de cruzar el río. Cuando el agua empieza a retroceder del fondo emergen peces muertos, personajes fantásticos, restos de barcos y un olor nauseabundo. Aquel río que aparecía inmenso y majestuoso ahora empieza a bajar hasta desaparecer. El estiaje se convierte en el camino hacia su propio anhelo. Juan aprovecha la oportunidad para montar su caballo.

Escena 5: Juan se aleja. En su marcha, se acerca al horizonte hasta convertirse en un punto nimio. Su silueta se pierde, se convierte en imperceptible. En ese instante, el viento cambia de rumbo y le juega una mala pasada. El río vuelve sobre su cauce. Primero, lento. Después, con una fuerza incontenible.

Algunos días previos al asesinato, Lilia llegó a preguntarle a Walsh si el personaje de Juan al final lograba alcanzar la otra orilla para cumplir su sueño.

Walsh le respondió sonriente: “No sabemos. Lo importante es que se animó a cruzar”.

XXX

¿DÓNDE ESTÁN?

El rastro de la obra inédita de Walsh no se pierde en la ESMA.

No fue ese el último destino donde vieron los papeles robados en San Vicente.

Seguir su derrotero fue una tarea compleja.

Una reconstrucción sinuosa e incompleta.

Los sobrevivientes acreditaron haberlos visto en distintos sectores del centro clandestino: El Dorado, La Pecera y un ropero de la oficina del Sótano. Todo eso sucedió entre 1977 y 1978. En esos meses, los marinos lograron ordenar, clasificar y archivar todos los papeles de Walsh. No hay indicios de que hubieran decidido quemarlos o intentado desprenderse de ellos.

La intención de preservarlos era evidente.

Incluso hasta hoy.

Cada grupo de tareas tenía un archivo propio que se iba generando con la documentación robada en los operativos. Era la manera de recopilar información para poder armar el organigrama de las distintas estructuras de Montoneros. Una suerte de rompecabezas de cada ámbito de militancia.

Con ese mapa la cacería se hacía más efectiva.

La documentación que circulaba por la ESMA era microfilmada. Una parte del trabajo se hacía dentro del centro clandestino. La otra, en las instalaciones de una productora audiovisual llamada Chroma S.A. que la Marina había montado en Besares 2025, en el barrio de Núñez. La propiedad donde funcionaba la empresa estaba a nombre de Juan Héctor Ríos, una falsa

identidad que usaba el teniente de fragata Jorge Radice. En ese lugar se microfilmaba sólo en la madrugada, cuando la productora no estaba en funcionamiento.

La orden había sido clara: de cada documento debían hacerse tres copias.

Una iba a parar al archivo del Servicio de Inteligencia Naval.

El destino final de esos documentos sigue siendo un misterio, pero está claro que Radice es un personaje clave en la ruta de los papeles de Walsh. Fue un hombre de máxima confianza del almirante Emilio Eduardo Massera. Por eso, y por sus conocimientos contables, le asignaron la Tesorería del centro clandestino. Si bien nunca dejó su cargo operativo, era el encargado de las finanzas de la ESMA.

En los primeros meses de 1979, ya con Massera fuera de la comandancia, se decidió sacar del centro clandestino toda la documentación sensible que buscaban preservar. Hacía pocos meses que lo había reemplazado el comandante Armando Lambruschini. El cambio de manos dio lugar a recelos internos.

Varias cajas repletas de papeles fueron a parar a distintos domicilios. Uno de ellos lo aportó Radice. Desde comienzos de ese año, Ruger, como lo conocían en la ESMA, puso a disposición del proyecto presidencial de Massera la casa de sus padres en la esquina de Zapiola y Jaramillo, Saavedra. Fue acondicionada para funcionar como una oficina donde un grupo de detenidos realizaba tareas de monitoreo de medios de comunicación. Los informes del *clipping* diario iban a parar a la otra oficina de Massera, en Cerrito 1136.

Los prisioneros, que eran forzados a trabajar, cumplían con una rutina laboral vigilados por un primo de Radice de apellido Barletta, que hacía de guardia y vivía a metros del lugar.

Dentro de la casa, los detenidos se ubicaban en una habitación del primer

piso, que tenía una mesa gigante donde apoyaban los diarios para leerlos, marcarlos y resumirlos. Podían usar el baño, la cocina y el patio, incluso algunos se quedaban a pasar la noche; pero tenían prohibido acercarse a uno de los cuartos de la planta baja, que siempre permanecía cerrado con llave.

XXXI

LUCY Y EL PELADO

Lucy llevaba días pensando cómo hacer la maniobra, pero cuando escuchó el portazo se convenció de que era el momento indicado. Otra ocasión así no iban a tener.

Levantó la vista y buscó con la mirada al Pelado Diego, que compartía la mesa con los otros prisioneros. Por primera vez desde que había regresado de Francia quedaban solos en la casa.

Solos y sin vigilancia.

Por eso sintió el portazo como una señal, como una oportunidad.

El Pelado Diego estaba sentado enfrente de Lucy, leyendo los diarios.

Ella levantó las cejas y con un leve movimiento le señaló la puerta. El gesto era la continuidad de una charla que habían tenido el día anterior cuando empezaron a fantasear con la idea. Aun así, y después del cruce de miradas, Lucy siguió concentrada en los documentos que ordenaba en la mesa de la oficina del primer piso.

La mesa era amplia. Entraban todos. Podían desparramar papeles y recortar los diarios con total comodidad. Para eso los habían llevado a la casa. Para trabajar sobre la información que salía en los diarios. Incluso, algunos días hasta almorzaban todos juntos en el mismo lugar y se permitían evocar anécdotas de los años de militancia.

Lucy no era igual al resto. No todos sabían, como ella, leer diarios en distintos idiomas. No todos escribían en francés, italiano e inglés. Y para ese momento era clave entender lo que estaba diciendo la prensa extranjera sobre la dictadura en la Argentina.

Por eso su rol se destacaba.

Por eso había sido la elegida para viajar al Centro Piloto de París, donde la presentaron en la embajada argentina como una socióloga prestigiosa.

El Pelado Diego entendió la señal y sonrió. Estuvo a un segundo de largar una carcajada cuando vio el gesto. Nadie advirtió que estaba tentado. Mucho menos lo que tramaban. Sin decir una palabra, se levantó de la silla, agarró algunos papeles y fue el primero en dejar el cuarto para caminar hasta las escaleras. Las escaleras eran para el Pelado Diego un territorio peligroso. Meses antes, había rodado desequilibrado por una aneurisma que casi le quita la vida.

Nadie reparó en sus movimientos.

Nadie preguntó nada.

Los otros prisioneros ni se mosquearon.

Más bien siguieron en silencio completando la tarea que les tocaba ese día. Lucy hizo lo mismo. Se quedó sentada sin moverse, sin hablar. Prefería no levantar sospechas.

Si bien todos habían sido compañeros en Montoneros, la desconfianza era un sentimiento con el que convivían desde el primer día en que habían caído en manos enemigas. Nadie confiaba en nadie. Y los límites entre la vieja camaradería militante y el temor por estar cautivos eran difusos. En los últimos meses, la situación había mejorado. Por lo menos para ellos. Ya no había sesiones de torturas o interrogatorios interminables, pero en definitiva aún permanecían secuestrados.

Desde principios de 1979, los marinos habían ordenado trasladar a algunos prisioneros de la ESMA a la casa de Jaramillo y Zapiola. Al lugar lo llamaban así: La Casa. Ahí fueron a parar algunos detenidos integrantes del

mini staff, un grupo reducido al que consideraban en “estado de recuperación”.

Después de haber disimulado durante unos minutos, y ya sin el Pelado Diego en la oficina del primer piso, Lucy se levantó con la excusa de ir al baño y encaró hacia las escaleras.

Estaba ansiosa.

Excitada.

Nadie reparó en el movimiento.

Nadie preguntó nada.

Lucy tenía claro que no siempre iban a tener una chance así. Llevaba días pensando cómo hacer la maniobra, pero esa mañana había visto que Barletta, el guardia que los custodiaba, se olvidaba de cerrar con llave la puerta de la habitación prohibida.

Fue ahí cuando se le ocurrió que podían hacerlo.

Fue ahí cuando decidió hablarlo únicamente con el Pelado Diego.

En definitiva, ellos eran los militantes de mayor rango. Y aunque estaban cautivos, seguían respetando a raja tabla los grados según su jerarquía en la cadena de mando del ejército revolucionario.

La casa tenía una habitación prohibida. También tenía un patio, una cocina, un baño y un garaje. Pero lo que le importaba a Lucy y al Pelado Diego era lo que había tras la puerta que Barletta se había olvidado de cerrar con llave. La vida en la casa era muy distinta a la que habían tenido dentro de la ESMA. El sistema de vigilancia no era rígido. El guardia no estaba todo el tiempo controlándolos, sino que salía y entraba porque vivía a pocos metros, exactamente en diagonal. En las primeras horas del día recibían un juego completo de diarios, y algunas mañanas paraba un auto con bolsones de

comida y algo de dinero para gastos corrientes.

Los dos se encontraron en la planta baja. Ni se hablaron. Fueron directo a donde tenían que ir. Lucy fue la primera que avanzó. El Pelado Diego se escabulló detrás. Con un movimiento sigiloso, ella puso la mano en la manija y abrió la puerta con lentitud. Él miró por arriba del hombro de ella. Las bisagras chillaron, pero el ruido no alertó a nadie. En el primer piso, los otros prisioneros siguieron en lo suyo.

La habitación estaba a oscuras, apenas se colaba un haz de luz por la puerta entreabierta. Lo primero que observaron fue un perchero con un tapado de piel colgado. También había camperas de cuero tiradas en el piso.

—Dale, no seas cagón —le dijo Lucy al Pelado Diego que, apoyado en el marco de la puerta, se negaba a avanzar.

La habitación estaba acondicionada con unos estantes metálicos donde se apilaban cajas marrones mezcladas con ropa, cuadros y papeles desparramados. Los estantes ocupaban la totalidad de las paredes: a lo largo y a lo ancho. Una suerte de archivo improvisado con apariencia de baulera desordenada.

Lucy y el Pelado Diego empezaron a revolver los papeles. No tenían claro qué buscaban. Quizás pretendían saber si era cierto lo que los marinos venían diciéndoles. En un rincón de la habitación prohibida encontraron el archivo del diario Noticias. Esa fue la primera presunción de lo que sospechaban.

En otro de los estantes, asomaban unas cuantas cajas marrones.

Cuatro. Tal vez, cinco.

Lucy estiró los brazos con esfuerzo y bajó una. La apoyó en el piso y, en penumbras, alcanzó a leer una inscripción en la tapa: R.W.

Quedaron atónitos.

Perplejos.

Efectivamente era cierto. Los marinos habían sacado los papeles de Walsh de la ESMA para llevarlos a la casa de Jaramillo y Zapiola. Cuando abrieron la caja encontraron algunas hojas escritas a máquina y otras manuscritas. Los documentos mecanografiados eran originales.

No se animaron a leerlas.

No pudieron.

No supieron cómo reaccionar.

No tuvieron tiempo.

Salieron de la habitación prohibida y cerraron la puerta unos segundos antes de que regresara el guardia que los vigilaba.

XXXII

CAMBIOS

Visité la casa de Jaramillo y Zapiola en octubre de 2021, sobre el final de la investigación para este libro. Era una tarde soleada, calurosa.

No guardaba la esperanza de encontrar nada sino la necesidad de saber cómo era el lugar sobre el que estaba escribiendo, el lugar donde se pierde el rastro de los papeles de Walsh.

La casa había cambiado su fachada. También parte de su estructura. El color crema que tenía en los años setenta había sido reemplazado por un verde intenso. La última remodelación permitió subdividirla en tres propiedades horizontales: dos con ingreso por Zapiola, la otra —más pequeña— por Jaramillo. Fue la inmobiliaria Guidetti, la más tradicional de Saavedra, la encargada de ponerlas a la venta en 2004.

Cuando llegué a esa esquina advertí que una de las puertas estaba abierta.

Me acerqué.

Un matrimonio tomaba mate en la vereda.

Pude mirar hacia adentro y conversar con sus nuevos habitantes, que se mostraron interesados en saber por qué tomaba fotografías del frente de su casa. Les conté de mi investigación y advertí que desconocían lo que había sucedido en ese lugar hacía más de cuarenta años.

—¿Mataron a alguien acá adentro? —preguntó inquieto uno de ellos.

—Creo que no —respondí.

Los vecinos de las otras dos casas también se mostraron amables. Aunque sólo se prestaron a un diálogo telefónico.

Pude certificar que la habitación prohibida, donde los marinos habían

escondido la caja con los papeles de Walsh, ya no existía. La remodelación había modificado el diseño original de la casa. El viejo garaje con entrada sobre Zapiola había sido utilizado para armar dos livings, uno para la vivienda con numeración 3696 y el otro para la del 3698.

La oficina del primer piso, donde los sometían a trabajo intelectual, estaba intacta. Aunque le habían agregado un aire acondicionado, las ventanas a la calle eran las mismas que describieron los sobrevivientes en varias entrevistas.

El patio ya no existía. Parte de su espacio había sido utilizado para ampliar los metros cubiertos.

La casa de la habitación prohibida había sido partida en tres.

Una manera de complejizar aún más la reconstrucción, pensé.

¿Quién ordenó esa reforma?

¿La casa seguía siendo propiedad del marino Radice?

¿Quién desarmó esa oficina donde sometieron a un grupo de prisioneros de la ESMA a trabajar para el proyecto presidencial de Massera?

¿Quién sacó la caja con los papeles de Walsh?

Las respuestas a todas esas preguntas permitirían acercarnos a saber qué pasó con los cuentos inéditos y con toda la documentación robada en el operativo de San Vicente.

En la casa sólo dos personas tomaron contacto con la caja: Lucy y el Pelado Diego. Nadie más. Los dos se convirtieron en los últimos testigos de un material que los marinos buscaron preservar.

Lucy no se llamaba Lucy sino Mercedes Inés Carazo. Era oficial mayor de Montoneros. Había caído el 21 de octubre de 1976 en el barrio de Caballito, cuando caminaba por la avenida La Plata hacia la calle Rosario. Fue interceptada frente a una iglesia de ladrillos rojos, a metros de un bar. Dos hombres de civil se le tiraron encima gritando que se trataba de un operativo

antidrogas. Carazo no tuvo alternativas. Forcejeó hasta donde pudo y gritó desesperada su nombre y su número telefónico, pero fue en vano. La metieron en un Falcon, la esposaron, le cubrieron el rostro con una capucha y la llevaron a la ESMA. Al momento de la caída estaba en pareja con Marcelo Daniel “El Monra” Kurlat, el jefe de la Columna Norte de Montoneros.

Sobre su paso por el centro clandestino se escribieron muchas historias. Mi interés sólo se concentró en la ruta que siguieron los documentos de Walsh. Supe que el padre de Lucy era José María Carazo, un histórico secretario del referente desarrollista Rogelio Frigerio. También confirmé que, gracias a esos vínculos políticos, logró exiliarse en Perú en 1980 para iniciar una nueva vida.

XXXIII

¿Y LA CAJA?

Desde Lima, Lucy recuerda el misterio de la caja como si estuviera recorriendo la casa de Jaramillo y Zapiola. Pasaron más de cuarenta años, pero relata su experiencia con la precisión de una investigadora, con la paciencia de una maestra. Sus estudios de física se reflejan en cada palabra, sobre todo en sus aptitudes de observación.

El cautiverio dejó sus traumas.

Suele tener dificultades para memorizar nombres y apellidos.

—Sólo recordaba la calle Zapiola —comenta cuando le menciono la esquina exacta.

Lucy certifica que la caja con los papeles de Walsh estuvo en la habitación prohibida hasta el día en que ella salió del país.

Llegó a Perú el 1 de abril de 1980.

Anoto esa fecha en mi cuaderno, donde tracé una línea de tiempo.

Anoto esa fecha con la esperanza de encontrar un nuevo dato cronológico en la búsqueda de la caja con los papeles de Walsh. Un dato que me permita correr el límite hasta donde logró llegar la justicia.

¿Quién fue la última persona en tener contacto con ese material?

¿Qué pasó con la caja cuando Lucy se fue de la casa?

—Siempre hablábamos con El Pelado Diego de intentar sacar los papeles de Walsh para resguardarlos. Mientras yo estuve ahí, nunca encontramos la manera de hacerlo. No pudimos. Si bien el régimen de vigilancia era laxo, la casa estaba siempre observada.

Cuando la frustración empezaba a invadirme, un nuevo dato me permitió

avanzar un casillero más en la investigación. Pasé semanas intentando corroborar una fecha, tratando de confirmar algo que había aparecido durante las conversaciones con Lucy.

Entonces, pude saber que la caja con los papeles de Walsh permaneció dentro de la casa, por lo menos, hasta mayo de 1981. La línea de tiempo saltaba un año para adelante desde la fecha en que había marcado la partida de Lucy hacia el exilio.

La precisión del dato se relaciona con la historia del Pelado Diego, el último de los prisioneros en abandonar la casa.

XXXIV

¿QUIÉN ERA EL PELADO DIEGO?

El Pelado Diego era el apodo de Antonio Nelson Latorre, el jefe de la Columna Capital Federal de Montoneros y uno de los fundadores de las FAR. Hasta su caída en mayo de 1977 se lo consideraba un importante cuadro de la organización.

No bien entró en la ESMA, tomó otro camino.

Decidió sobrevivir al infierno del centro clandestino pactando con los marinos.

Ofreció información sensible que involucraba a cuatro compañeros a cambio de que no secuestraran a su esposa, Liliana Goldemberg, conocida como “La Pastito”.

Una mañana, un grupo de detenidos escuchó cómo Latorre señalaba dentro de la ESMA a José María “Pepe” Salgado como el autor del atentado en el comedor de Coordinación Federal. Salgado llevaba más de dos meses secuestrado y había servido como señuelo para cercar a Walsh. A pesar de eso, los marinos no tenían en claro de quién se trataba. No lo habían capturado por el atentado sino por formar parte del ámbito de Inteligencia de Montoneros. Era el militante más cercano a Walsh, su mano derecha.

La revelación del Pelado Diego tuvo un impacto inmediato. Salgado fue trasladado de la ESMA y entregado a un grupo de policías federales como un trofeo. Después de vejarlo durante varias semanas, decidieron desprenderse del cuerpo. El 2 de junio de 1977 fraguaron un operativo sobre Canalejas al 400, en Caballito. La escena era macabra. El cuerpo de Salgado, junto a otros dos militantes, apareció destruido dentro de un auto estacionado. El vehículo

plantado no tenía impactos de bala, el cuerpo de Salgado más de diez. También le faltaban los ojos, sus manos habían sido seccionadas a la altura de la muñeca y en el tórax presentaba manchas circulares compatibles con cicatrices de quemaduras de picana eléctrica.

Con el paso del tiempo, la colaboración del Pelado Diego con sectores de la Inteligencia de la Marina fue creciendo.

En 1982, durante la guerra de Malvinas, formó parte de la Operación Algeciras, un frustrado plan militar de tipo comando para intentar sabotear a la Marina británica hundiendo un buque en Gibraltar.

La misión estuvo encabezada por el Pelado Diego junto a Máximo Alfredo Nicoletti y una tercera persona, a quien primero se identificó como “El Marciano” y luego se supo que se trató de un conscripto llamado Abel Adolfo Ojeda. Los tres se encontraron en Europa bajo la supervisión del capitán Héctor Rosales, el enlace con la Armada Argentina.

Nicoletti había sido seleccionado por la destreza técnica que desarrolló como buzo táctico en Montoneros. Participó de dos atentados con explosivos: el asesinato del comisario Alberto Villar en 1974 y la voladura del destructor *Santísima Trinidad* en 1975. En el caso de Latorre el criterio de selección tuvo que ver con su elevado nivel intelectual.

Tras unos días vigilando objetivos navales, llegaron a detectar uno solo de valor estratégico: la fragata *HMS Ariadne*.

La operación se frustró el 31 de mayo de 1982 cuando dos policías españoles los detuvieron a bordo de un auto alquilado. Habían comenzado a investigarlos por sus gastos excesivos creyendo que podían ser narcotraficantes.

En 1981, al salir de la casa de Jaramillo y Zapiola, El Pelado Diego se refugió en Córdoba con su familia. Intentaba dejar atrás cuatro años de cautiverio. Allí vivía su hermana, la persona en el mundo en quien más

confiaba. La misma a la que le dejó muchos documentos antes de exiliarse.

Por esos meses decidió que su vida continuaría lejos de la Argentina. Como una manera de exorcizar los fantasmas de su pasado, se instaló en Perú.

¿Habría llegado a sacar la caja con los papeles de Walsh?

¿Cuáles fueron los documentos que le entregó a su hermana?

El Pelado Diego llegó a Lima con un pasaporte falso a nombre de Miguel Ángel Castiglia. Bajo esa identidad construyó una nueva vida. Se casó, tuvo una hija y desarrolló una prestigiosa carrera como especialista en Pequeñas Empresas y Microeconomía. Su formación lo llevó a liderar proyectos de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Incluso en 1993 publicó un libro para la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) titulado *La economía de los pobres*. Todavía se consigue una copia en la biblioteca de esa facultad en Buenos Aires.

El 31 de julio de 1998, mientras disfrutaba de unas vacaciones en las playas de Costa Rica frente al mar Caribe, sufrió un aneurisma que terminó con su vida. “Hemorragia subaracnoidea”, indicó el parte de defunción.

Tenía 61 años.

Su cuerpo fue enterrado con el nombre falso en un cementerio de Lima.

El paso del tiempo, la muerte del Pelado Diego y el pacto de silencio de los marinos condenaron esta reconstrucción al misterio.

Los cuentos inéditos de Walsh siguen desaparecidos.

Al igual que su cuerpo.

EPÍLOGO

Cuando estaba terminando el libro, un nuevo contacto con Lucy me descolocó. Un cruce de mensajes por WhatsApp de Lima a Buenos Aires derivó en otra conversación extensa.

Lucy tenía más datos para aportar, más recuerdos sobre el rastro que siguió la caja con los papeles de Rodolfo Walsh.

La escuché en silencio.

En las entrevistas anteriores, había tratado de recordar lo máximo que su memoria le permitía sobre su paso por la casa de Jaramillo y Zapiola.

La habitación prohibida.

Las miradas con el Pelado Diego.

La secuencia del día en que encontraron la caja con las iniciales R.W.

Su salida del país.

Hasta ahí había llegado.

Eso era todo.

Hasta ahí la había acompañado.

El final del libro era inminente.

No había mucho más.

Esa memoria que al principio surgía como un espacio invisible y vacío, ahora se encargaba de clarificar algunos recuerdos desordenados de escenas incompletas.

A lo largo de esta investigación aprendí que existe un mecanismo entre los

sobrevivientes del terrorismo de Estado. Un ejercicio de retroalimentación de los recuerdos. Esa memoria asediada por fantasmas del pasado suele fundirse con los temores del presente. Para ellos recordar no sólo es volver a contar, sino también revivir el horror, volver a recorrer los pensamientos más oscuros, las horas más sórdidas.

Por eso muchas veces preferí (elegí) no insistir en la búsqueda de información, no obsesionarme con la precisión de un dato, no intentar superar límites que no me corresponden.

Cuando un sobreviviente recuerda, algo dentro suyo se desadormece, algo de su cuerpo se descongela. En la mayoría de los casos, cuerpos marcados para siempre con la memoria del horror.

En muchas entrevistas escuché frases que iban en ese sentido. Eran pedidos de clemencia en el ejercicio de la memoria. Al ser consultados, muchos me dijeron: “dejame pensar más”, “volví a llamarme más tarde” o “necesito otro dato para poder recordar”.

A Lucy le había pasado lo mismo.

En ella se personificaba ese mecanismo de retroalimentación de la memoria.

Ese pasado construido en partes donde un dato te lleva a otro dato, un nombre se asocia con otro nombre, un recuerdo se conecta con otro recuerdo.

Y así, lentamente, en capas, se va construyendo la memoria.

Lucy tenía más datos para darme. Sus recuerdos le habían permitido avanzar un casillero más en el rastro de los papeles de Walsh.

Esta vez, sus evocaciones parecían más vívidas.

Poner en palabras le había servido como ejercicio de reconstrucción.

Con sus tiempos.

Con sus formas.

Lucy me confirmó que el Pelado Diego alcanzó a sacar los papeles de Walsh de la casa de Jaramillo y Zapiola. La revelación me dejó aturdido, desconcertado. El último dato de mi investigación indicaba que los documentos habían quedado ahí adentro hasta mayo de 1981. Pero había más.

—Antes de morir, el Pelado Diego me confirmó que había logrado sacar los papeles. También pude recordar que él siempre me decía que tenía que concretar un viaje a la Argentina porque tenía muchas cosas pendientes. Supongo que lo de Walsh sería una de esas cosas.

En ese último contacto con Lucy, también pude entender que la doble vida que el Pelado Diego había montado en el exilio no le permitió regresar al país para reencontrarse con esos documentos.

El Pelado Diego o Antonio Nelson Latorre habían muerto para darle paso a Miguel Ángel Castiglia, un prestigioso asesor de organismos internacionales que viajaba por todo el continente dando cátedra de sus conocimientos económicos.

—¿Entonces esos papeles en algún lado están, alguien los tiene? — pregunté ansioso.

Lucy me aclaró que El Pelado Diego le había confirmado que no logró sacar la caja completa sino un toco de hojas amarillentas mecanografiadas con anotaciones manuscritas. También me especificó que los documentos que logró llevarse no habían sido seleccionados con un análisis previo sino todo lo contrario.

—Manoteó lo que pudo, no quería que se notara el faltante de los papeles. Eso podía complicarlo.

Los documentos que los marinos le robaron a Walsh lograron sobrevivir a la ESMA y también a la casa de Jaramillo y Zapiola; pero siguen desaparecidos amplificando un misterio que también alcanza a su cuerpo.

Rodolfo Walsh llegó muerto a la ESMA. Con las personas asesinadas en un operativo o aquellas que morían durante las sesiones de tortura se seguía un protocolo especial, un procedimiento siniestro.

Sus cuerpos eran quemados en un sector del Campo de Deportes, a metros del río de la Plata a donde también arrojaban a otros detenidos en los “vuelos de la muerte”.

El predio se ubica justo detrás del centro clandestino, cruzando la avenida Lugones. Un puente peatonal conecta ambos lugares. A metros están el Parque de los Niños, el Centro Naval y el Club Universitario de Buenos Aires.

Es un lugar ventoso e inhóspito.

Si bien todo parece indicar que este habría sido el destino de los restos de Walsh, no hay ningún testimonio que acredite que hubiera sido sometido a ese procedimiento macabro. El mismo procedimiento que fue revelado ante la CONADEP en el testimonio de Alejandro Hugo López, un conscripto de la ESMA.

Él contó, por primera vez, que los marinos habían fabricado una parrilla especial para incinerar cuerpos. Un crematorio improvisado que funcionaba en las madrugadas.

López habló de la máquina de los “asaditos”, como los militares se referían a ese método tenebroso. Había sido fabricada en la herrería del centro clandestino: una batea de acero de dos metros de largo y más de treinta centímetros de alto, con una parrilla soldada junto a un tubo por donde se introducía gasoil para lograr mayor combustión.

También reveló que las quemas se hacían a cielo abierto en el margen del río. Con esos datos, el Equipo Argentino de Antropología Forense calculó

qué cantidad de terreno había ido aumentando con el paso del tiempo para trabajar sobre la línea de costa de los años setenta. La línea divisoria entre la tierra y el agua había sido modificada por los desechos que sirvieron como relleno. Una vez identificado el lugar, se hicieron marcaciones, inspecciones y se aplicó la tecnología de un radar de sondeo terrestre; pero no se encontró nada.

Durante años, el predio relevado se utilizó como sede deportiva de varios colegios, incluso de algunas instituciones católicas. Allí practicaron fútbol, hockey, vóley y atletismo como si nada hubiera pasado.

El área donde pudieron haber arrojado los restos de Rodolfo Walsh fue pisoteada por miles jóvenes durante muchos años. Una metáfora despiadada de cómo se puede bastardear el ejercicio de la memoria que sectores de esta sociedad aún se niegan a realizar.

La historia de su desaparición sigue abierta.

No hay cuerpo.

El Estado, que en su forma más brutal e ilegal se encargó de desaparecerlo, tampoco pudo darle respuesta al enigma de una búsqueda incesante.

Es el mismo Estado que durante toda su vida se dedicó a perseguirlo y espíarlo. Al cierre de esta investigación accedí a documentos desclasificados que prueban el espionaje ilegal que la ex Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE) desplegó sobre Walsh durante más de veinte años.

El periodista y escritor estuvo en la mira de los espías locales desde el año 1957 hasta su muerte. Los seguimientos comenzaron a los pocos meses de publicar *Operación Masacre*. Uno de los primeros reportes consigna que Walsh “escribe para el periódico *Propósitos* sobre los fusilamientos realizados por la policía de la Provincia de Buenos Aires”. Luego, dan cuenta de que el escritor “sería de tendencia izquierdista con orientación comunista” y que “colabora en la Agencia Prensa Latina, Casa Central Cuba, La

Habana”. En 1968, llegaron a seguirlo en un vuelo que Walsh tomó hacia Cuba, con escala en México, para participar como jurado del concurso literario Casa de las Américas. “En el vuelo 421 de la compañía Canadian Pacific se ausentó del país”, dice el cable reservado. Un año más tarde, el 24 de julio de 1969, un informe analiza su actividad gremial explicando que “integra la mesa directiva de la Agrupación Trabajadores de Prensa”. El 19 de febrero de 1973, el Batallón de Inteligencia 601 le solicitó a la ex SIDE todos los antecedentes de Walsh. Todavía gobernaba el presidente de facto Alejandro Agustín Lanusse. Tras su desaparición en 1977, los espías siguieron generando reportes de Inteligencia. Hay uno fechado en junio de ese año que da cuenta de la actividad de la agencia ANCLA, otro de 1978 que menciona que “la revista *Nueva Sociedad* publicó una referencia a la Carta abierta de un escritor a la Junta Militar”, uno de noviembre de 1979 donde se afirma que Walsh “fue inhabilitado por la asesoría de comunicación social del Ministerio de Cultura” y uno de enero de 1980 donde se analiza un texto del periodista Jacobo Timerman que menciona a Walsh en el periódico israelí *Maariv*.

El espionaje ilegal involucró a varias oficinas de la ex SIDE, pero también a la Superintendencia de Seguridad Interior. Son cincuenta y cinco documentos reservados e históricos que por primera vez se conocen.

Para la SIDE, Rodolfo Walsh era el número 9164. Esa inscripción aparece como un sello en rojo que recorre todos los cables microfilmados, archivados y desclasificados a pedido de Myriam Bregman como abogada de Patricia Walsh.

La producción de estos informes de Inteligencia y el espionaje ilegal fueron eslabones fundamentales para el terrorismo de Estado. Ese proceso oscuro de la historia argentina que buscó borrar el legado de Rodolfo Walsh haciendo desaparecer su cuerpo y robando su obra inédita.

AGRADECIMIENTOS

Genaro Press fue el primero en confiar en esta historia. Todavía recuerdo su silencio mientras le contaba los detalles iniciales de la investigación. Pensé que me iba a cortar, pero no. Es un editor incansable a quien le agradezco que me haya arrancado de las manos un libro que parecía no terminar nunca.

Juan Carrá puso su paciencia, talento y profesionalismo para que esta investigación saliera adelante. Su compromiso con la verdad debiera ser el de todos. Valoré sus aportes, recomendaciones y estímulos.

Marcelo Larraquy y Federico Lorenz desplegaron toda su generosidad para ayudarme a recorrer un terreno que conocen mejor que nadie.

El historiador Jorge Núñez me transmitió sus conocimientos en el comienzo de esta aventura. Gracias por los documentos que aportaste a lo largo de todo el proceso.

Eduardo Anguita dedicó su tiempo desinteresadamente en varias oportunidades. Con humildad y profesionalismo me acompañó en un trayecto difícil de recorrer. Me ofreció sus recuerdos, su información calificada y algunas gestiones invaluableles.

Sobre el final, Maco Somigliana hizo aportes valiosos. Su rigurosidad con la información me impactó el primer día que lo conocí gracias a Lucas Guagnini.

Mercedes Soiza Reilly estuvo siempre a disposición para explicarme los recovecos de la Megacausa ESMA, uno de los juicios más importantes de la historia argentina. Ojalá el país tuviera más fiscales así.

Myriam Bregman respondió con paciencia cada uno de mis llamados en medio de una campaña electoral. Me aportó un alegato histórico que confeccionó con pasión y compromiso junto a Patricia, la hija de Rodolfo Walsh.

Pablo Torres fue el primer entrevistado para este libro. Desde el día en que lo conocí valoré que se hubiera animado a iniciar un camino sinuoso: la investigación por el atentado en Coordinación Federal. Fue el primero en recorrer la historia de su amigo Pepe Salgado.

El colega Omar Lavieri me atendió cada vez que lo necesité en la búsqueda de esos datos imposibles de encontrar: piezas de un rompecabezas incompleto. Esos aportes merecen unos vinos.

Cata D'Elía fue la primera que conoció esta idea. Con su entusiasmo habitual me empujó a seguir adelante.

Roberto Baschetti me abrió su increíble base de datos, un aporte trascendental a la historia del peronismo revolucionario.

Cuatro colegas respondieron a mis requerimientos con mucha generosidad: María O'Donnell, Felipe Celesia, Miriam Lewin y Juan "El Pájaro" Salinas.

El equipo de la Biblioteca del Congreso de la Nación me ayudó con un texto que era imposible de encontrar.

Mi amigo Juan Sánchez me convenció de que el proceso de escritura merece ser revisado. En el mismo camino, Antonio De la Fuente me insistió con una idea similar. Gracias por cuidarme las espaldas en cada partido de Ledesma F.C.

Sebastián Gamba, Matías Gueilburt y el equipo de *Ánima Films* me permitieron acceder a esa última entrevista que Lilia Ferreira le concedió al escritor hispano-mexicano Paco Taibo.

Invertí en este libro largas horas de mi vida en los momentos más desconcertantes de la pandemia. La investigación requirió de tiempo, energía

y paciencia. El apoyo de mi familia fue fundamental. A ellos mi agradecimiento por soportar ausencias y largas horas de encierro. A Julieta, mi amor eterno, a mis hijos, Lola y Felipe, por el entusiasmo con el que soportaron mis lecturas en voz alta cada vez que me visitaban en mi escritorio.

A Aída Núñez y Juan Pablo Zumpano, por estar siempre.

A Marta Álvarez y Graciela García Romero, por permitirme recorrer su pasado con la esperanza de que nunca más volverá a suceder.

FUENTES

ENTREVISTAS Y CHEQUEO DE INFORMACIÓN

Emiliano Costa, Eduardo Jozami, Daniel Tarnopolsky, Leopoldo Moreau, Eugenio Talbot Wright, María Coronel, Flora Bagú, Jorge Berenetti, Miriam Lewin, Lucila Pagliai, Carlos Aznárez, Roberto Perdía, Marta Álvarez, Irene y Luisa Salgado, Anita Dvatman, Miguel Ángel Lauletta, Alicia Barrios, Graciela García Romero, Carlos Muñoz, Alfredo Buzzalino, Mercedes Inés Carazo, Jorge Devoto, Diego Antonio Villamayor, Guilherme De Mattos Fontes y Juan Gasparini.

INFORMACIÓN DESCLASIFICADA

Archivo de la ex Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE).

Archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de Buenos Aires (DIPBA).

Documentos del Federal Bureau of Investigation (FBI) sobre Rodolfo Walsh.

DOCUMENTOS AUDIOVISUALES

La Retaguardia (radio, portal y TV).

Operación Masacre, dirigida por Jorge Cedrón.

Operación Algeciras, largometraje de Jesús Mora.

Rodolfo Walsh, documental escrito y dirigido por Esteban Cadoche.

P4R+, *Peón 4 jaque*, *Operación Walsh* dirigido por Gustavo Gordillo.

Documenta (Edición Walsh), programa de investigación conducido por

Román Lejtman.

REVISTAS

Evita Montonera.

La Causa Peronista.

Anfibia.

La Vaca.

BIBLIOGRAFÍA

Adoue, Silvia Beatriz, *Walsh, el criptógrafo*, Editorial El Colectivo, 2011.

Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín, *La voluntad 3: una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*, Planeta, 1998.

Andersen, Martín, *Dossier Secreto: el mito de la guerra sucia*, Planeta, 1993.

Basconi, Andrea, *Elena Holmberg: la mujer que sabía demasiado*, Sudamericana, 2012.

Blixen, Samuel, *Conversaciones con Gorriarán Merlo*, Editorial Contrapunto, 1988.

Bonasso, Miguel, *Diario de un clandestino*, Planeta, 2000.

—, *El presidente que no fue: los archivos ocultos del peronismo*, Planeta, 1997.

—, *La memoria en donde ardía*, El Juglar editores, 1990.

—, *Lo que no dije en “Recuerdo de la muerte”*, Sudamericana, 2014.

—, *Recuerdo de la muerte*, Bruguera, 1984.

Calveiro, Pilar, *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina*, Colihue, 1998.

Carrá, Juan y Echeverría, Iñaki, *ESMA*, Evaristo Editorial, 2019.

Esquivada, Gabriela, *Noticias de los Montoneros: La historia del diario que no pudo anunciar la revolución*, Sudamericana, 2009.

- Gasparini, Juan, *La pista suiza*, Legasa, 1986.
- Jozami, Eduardo, *Rodolfo Walsh: la palabra y la acción*, Norma, 2000 (reeditado en 2006).
- Larraquy, Marcelo y Caballero, Roberto, *Galimberti: de Perón a Susana. De Montoneros a la CIA*, Norma, 2000.
- Larraquy, Marcelo, *Fuimos soldados. Historia secreta de la contraofensiva montonera*, Aguilar, 2006.
- Lorenz, Federico, *Cenizas que te rodearon al caer: vidas y muertes de Ana María González, la montonera que mató al jefe de la Policía Federal*, Sudamericana, 2017.
- Masetti, Jorge Ricardo, *Los que luchan y los que lloran*, Punto Sur Editores, 1969.
- Montero, Hugo y Portela, Ignacio, *Rodolfo Walsh: los años montoneros*, Ediciones Continente, 2010.
- Moreno, María, *Oración: carta a Vicki y otras elegías políticas*, Literatura Random House, 2018.
- Muñiz, Enriqueta, *Historia de una investigación*, Planeta, 2019.
- Nicolini, Fernanda y Beltrami, Alicia, *Los Oesterheld*, Sudamericana, 2016.
- O'Donnell, María, *Aramburu: el crimen político que dividió al país*, Planeta, 2020.
- Penas, Gonzalo y Camba, CJ, *RW: Rodolfo Walsh en historietas*, Maten al mensajero, 2016.
- , *Born*, Sudamericana, 2015.
- Perdía, Roberto, *Montoneros: el peronismo combatiente en primera persona*, Planeta, Argentina, 2013.
- Ragendorfer, Ricardo, *Los doblados: las infiltraciones del Batallón 601 en la guerrilla argentina*, Sudamericana, 2016.
- Rojas, Diego, *La Izquierda: héroes, rebeldes y leyendas de la revolución*

- socialista en Argentina*, Planeta, 2020.
- Salinas, Juan y Villalonga, Julio, *Gorriarán: La Tablada y las “guerras de inteligencia” en América Latina*, Mangin, 1993.
- Tcherkaski, José, *Mirar la muerte: conversaciones con mujeres de escritores desaparecidos*, Catálogos, 2008.
- Torres, Pablo y Wiernes, Luis Alberto, *Policía y montonero: el atentado al comedor de la policía*, edición de autores, 2011.
- Verbitsky, Horacio, *El silencio*, Sudamericana, 2005.
- , *El vuelo*, Planeta, 1995.
- , *Rodolfo Walsh y la prensa clandestina*, Colección El Periodista de Buenos Aires, Ediciones de la Urraca, 1985.
- , *Vida de perro: balance político de un país intenso del 55 a Macri*, Siglo Veintiuno Editores, 2018.
- Vinelli, Natalia, *ANCLA, Rodolfo Walsh y la Cadena Informativa*, Punto de Encuentro, 2015.
- Viñas, David, *Rodolfo Walsh y Gardel*, Peón Negro, 2008.
- Walsh, Rodolfo, *Caso Satanowsky*, Ediciones de la Flor, 1973.
- , *Ese hombre y otros papeles personales*, Ediciones de la Flor, 2007.
- , *Operación Masacre*, Ediciones Sigla, 1957.
- , *¿Quién mató a Rosendo?*, Ediciones de la Flor, 1969.



Aquel mediodía del 25 de marzo de 1977, hace 45 años, Rodolfo Walsh llegó puntual a una cita que tenía programada en la esquina de las avenidas San Juan y Entre Ríos, en el centro de la ciudad de Buenos Aires. La reunión había sido confirmada respetando los códigos de seguridad de la clandestinidad: contraseñas secretas y chequeos telefónicos. No sabía que, en verdad, un operativo, que incluía un francotirador, lo estaba esperando para capturarlo.

En esta investigación, Facundo Pastor reconstruye, con ritmo de novela policial, cómo se armó la emboscada que terminó con la desaparición de Rodolfo Walsh, en la que no faltan dobles agentes, traiciones y una serie de documentos de inteligencia que permanecían secretos hasta este libro. Y también intenta desentrañar otro misterio: el destino de los papeles personales y algunos cuentos del periodista que aún hoy, y como su cuerpo, siguen sin aparecer.



FACUNDO PASTOR

(Buenos Aires, 1979) es periodista, abogado y productor. Comenzó su carrera redactando crónicas deportivas y luego se desempeñó como cronista de radio y TV. Se especializó en investigaciones judiciales y policiales para el noticiero de América 2. Su programa *Documentos América* recibió un Martín Fierro y el prestigioso New York Festival. Desde 2007 conduce Foja Cero en La Red (AM 910), todos los sábados a la mañana. Desde su productora desarrolla proyectos periodísticos en radio y TV; también es editor general de la revista *1986*, dedicada a los fanáticos de River Plate. En 2015 publicó su primer libro, *Nisman. ¿Crimen o suicidio? ¿Héroe o espía?*, una rigurosa investigación que puso al alcance de la opinión pública datos certeros sobre una de las muertes políticas más significativas de la Argentina. En 2018 escribió su segundo libro, *El gran arrepentido*, acerca del escándalo conocido como “FIFA Gate”. Ese mismo año obtuvo el Martín Fierro por su labor periodística en televisión. Actualmente conduce *Equipo de Noticias* en la señal A24 y trabaja en la producción de documentales para distintas plataformas.

© Alejandra López

Pastor, Facundo

Emboscada / Facundo Pastor. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Aguilar, 2022.

(Aguilar)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-735-278-8

1. Investigación Periodística. I. Título.

CDD 070.4



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Rompo

Edición en formato digital: marzo de 2022

© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-735-278-8

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: [penguinlibrosar](#)

Twitter: [penguinlibrosar](#)

Instagram: [penguinlibrosar](#)

Índice

Emboscada

Dedicatoria

Saber más

Una noticia

I. Francotirador

II. El cielo estrellado de San Vicente

III. A Capital Federal

IV. San Juan y Entre Ríos

V. 25 de mayo de 1973

VI. Leer entre líneas

VII. ¿Fracaso?

VIII. 808

IX. Otra testigo

X. Cada vez más cerca

XI. Nombres que nunca son nombres

XII. Una cita

XIII. Mirar

XIV. Flora recuerda

XV. Otros intereses, otras prioridades

XVI. Anteojos de sol

XVII. La cacería

XVIII. Un bar

XIX. La voz de Pepe

XX. ¿Quién era Salgado?

XXI. Una mujer

XXII. “Tuve que salir”

XXIII. Reunión

XXIV. Planes

XXV. Allanamiento

XXVI. Más operativos

XXVII. Otros extremistas

XXVIII. Archivos

XXIX. Rastros

XXX. ¿Dónde están?

XXXI. Lucy y El Pelado

XXXII. Cambios

XXXIII. ¿Y la caja?

XXXIV. ¿Quién era El Pelado Diego?

Epílogo

Agradecimientos

Fuentes

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos